

A romantic couple embracing in a lush green setting. The man is wearing a white shirt and dark pants, and the woman is wearing a blue top and jeans. They are sitting on a rock, surrounded by dense foliage. The man is leaning in and kissing the woman on the cheek. The woman is smiling and looking at him. The background is a dense forest with green leaves and branches.

H HARLEQUIN

Wendy

Wendy Etherington

Solo contigo

*Julia*TM

Wendy Etherington

Solo contigo



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Wendy Etherington
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Solo contigo, n.º 1320 - agosto 2015
Título original: My Place or Yours?
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2002

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-7206-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

Capítulo 1

El gato estaba borracho.

Rebecca Parsons se quedó de pie en el vestíbulo, mirando a Moose, su enorme gato persa. Su poblada cola golpeaba el escalón inferior de la escalera de madera, mientras sus redondos y dorados ojos observaban sin parpadear el sobre que llevaba bajo el brazo.

—Olvídalo. Nos iremos de todas formas.

Dejó el maletín en la escalera y caminó a la cocina. En cuanto entró, dio un grito ahogado.

Los cuarenta metros de plástico de envolver que había comprado el día anterior estaban esparcidos, destrozados, por todo el lugar. Había trocitos incluso en la lámpara del techo. Una larga tira colgaba de la mesa, y las burbujas de aire del plástico, que pensaba utilizar para envolver los objetos delicados, estaban pinchadas. Su normalmente imaculada cocina blanca y azul, la única habitación que no tenía aspecto de haber salido del siglo XIX, era un desastre.

—Moose...

Dejó el sobre con los contratos de ventas sobre la mesa y se encaró al animal, segura de que la seguiría a su habitación preferida.

—El comprador va a llegar en cualquier momento. ¿Cómo has podido hacer una cosa así?

El gato la miró y se limitó a lamerse una garra con indiferencia.

Rebecca sacó el cubo de la basura de uno de los armarios y comenzó a tirar los fragmentos de plástico en su interior.

—Seguro que cambiarías de actitud si te diera comida de gatos barata en lugar de las latas de gourmet que te compro.

Mientras recogía los restos se dijo que en su estado financiero ni siquiera se podía permitir un gasto extraordinario como el plástico de envolver. Pensó que si la venta no salía bien se encontraría en un verdadero lío, pero prefirió no considerar esa posibilidad. Ya tenía demasiados problemas.

Suspiró y se metió debajo de la mesa para recoger el último pedazo. El evidente resentimiento del gato por su decisión de abandonar la casa solo sirvió para que se sintiera aún más culpable. Su madre nunca habría dado su

consentimiento, porque amaba aquel lugar. Le gustaba cada torreta, cada esquina, cada mueble antiguo, e incluso la decoración de evidente mal gusto.

Era una mansión muy poco práctica, pero su madre se había aferrado a ella contra los deseos de Rebecca. Había pasado toda su vida a la sombra de la extraordinaria y bellísima Angelina Parsons, pero había llegado el momento de que pensara en el futuro. En su futuro.

Tras la muerte de su madre, Rebecca ya no tenía razón alguna para seguir viviendo al borde de la bancarrota en una localidad llena de excéntricos solo por mantener la mansión. Una firma de Nueva York le había ofrecido un empleo, así que aquella mañana había cerrado su pequeño bufete por última vez. En una ciudad tan grande como esa podría encontrar el sitio al que pertenecía y dejar de ser la tranquila e intelectual hija que había sido. Estaba deseando experimentar la pasión de la ciudad, los cines, los restaurantes, los cafés, los museos. Y por otra parte, era la solución a sus problemas económicos.

Sin embargo, Rebecca se dijo que tal vez nunca volvería a ser económicamente solvente. La única salida era encontrar un comprador para la mansión que estuviera dispuesto a preservarla. Y según su agente inmobiliario, el corredor de bolsa Alexander Carlisle era el hombre perfecto.

De él solo sabía lo que le había contado Pam, que era un negociador duro, que tenía una voz muy atractiva y que era inmensamente rico. Pero Pam tenía la costumbre de exagerar las virtudes de los hombres, así que solo había tomado en serio el comentario sobre su dinero. Si era cierto, podría adquirir la vieja mansión victoriana.

Justo en aquel instante sonó el timbre de la puerta y Rebecca sintió una punzada en el estómago.

Volvió a guardar el cubo de la basura en el armario y corrió hacia la entrada mientras se arreglaba un poco la coleta que se había hecho. Se quitó un pelo de gato de su conservador traje azul marino y se detuvo un momento para mirarse en el espejo de la entrada. Sus ojos eran tan azules y su pelo tan oscuro como los de su madre, pero no había heredado sus ojos de felino ni el exuberante y atractivo cabello que volvía locos a los hombres. Se consideraba una persona sin estilo, la persona más corriente del mundo, o más exactamente, la única persona corriente que conocía.

Se enderezó un poco, abrió finalmente la puerta y de repente se encontró ante un amplio pecho masculino.

Rebecca tuvo que echar la cabeza hacia atrás y alzar la vista para mirar los

ojos verdes del recién llegado. Medía más de metro ochenta de altura y llevaba un traje gris oscuro, de sastre, que probablemente costaba más que su coche. Su cabello negro se curvaba en la frente y parecía tan suave que sintió la necesidad de acariciarlo. Además su mandíbula era recta, y su cara, tan perfecta como una escultura clásica.

Todavía no sabía si Pam había acertado al decir que tenía una voz muy atractiva, pero ya sabía bastante más que su amiga.

Entonces, el hombre sonrió y su evidente belleza se transformó en algo mucho más intenso y tan seductor que la dejó sin aliento. Parecía irradiar calor. Se sintió como si un rayo de sol la iluminara y deseó abandonar sus serios y profesionales proyectos, jubilarse y marcharse a vivir la buena vida en Florida.

Los ojos verdes del hombre observaron el rostro de Rebecca y acto seguido hicieron lo mismo con su cuerpo, casi como si la estuvieran tocando. Al parecer le había gustado, y no lo pudo creer. Tenía la primera impresión de que era la primera vez que un hombre la miraba como solían mirar los hombres a su madre.

Un segundo después, descubrió que Pam no había exagerado sobre su voz.

—¿Rebecca Parsons? —preguntó, en un tono profundo y rasgado que la estremeció.

—Sí, soy yo —respondió, apoyándose en el marco de la puerta.

—Hola, soy Alex Carlisle.

El hombre extendió una mano y ella se la estrechó.

—Encantada. Pero por favor, pasa...

Alex Carlisle pasó junto a la mujer, dejando un aroma de colonia especiada en el ambiente, y miró a su alrededor. Contempló la enorme lámpara de araña del vestíbulo de dos pisos de altura y el entarimado de roble oscuro.

—Es muy bonita.

—Gracias —dijo, mientras intentaba recobrar su habitual seriedad—. Me sorprendió que decidieras venir a pesar de que aún no habías visto la casa.

—Tu agente me enseñó varias fotografías —explicó con una sonrisa—. Además, me dejó llevar por el instinto para tomar decisiones sobre las cosas y sobre la gente.

Rebecca se preguntó qué impresión le habría dado; pero se dijo que estaba allí para ver la casa, no para verla a ella, y deseó que su comentario sobre el instinto fuera cierto y que supiera ver las ventajas de la mansión más allá de la horrible decoración de su madre.

Mientras lo acompañaba hacia el salón de la parte delantera de la casa, notó que observaba cada detalle con verdadera pasión, como si estuviera en presencia de algo realmente bello. Rebecca pensó que era una mirada idéntica a la que tenía su madre cuando encontraba alguna antigüedad que le gustaba de forma especial.

—¿Quieres que te enseñe toda la casa?

—Si el guía eres tú... —respondió, admirando su figura.

Ella asintió y se preguntó cómo conseguía que un comentario tan inocente pareciera una proposición deshonesta.

Él caminó hacia ella y no se detuvo hasta que sus pechos prácticamente se tocaron. Rebecca llegó a pensar que iba a abrazarla, pero en lugar de eso se metió las manos en los bolsillos y dijo, con ojos brillantes: —Adelante, enséñamela.

Rebecca no sabía lo que estaba pasando. En general no se sentía tan atraída por perfectos desconocidos, y desde luego nunca deseaba que la tocara. Pero aquel hombre era diferente. Además, Junction Gap no era un lugar donde hubiera muchos hombres atractivos, refinados y encantadores, y por otra parte ninguno la había mirado de aquella forma.

Se apartó, señaló el retrato que estaba sobre la chimenea y dijo:

—Ella es Antonia Millford, mi tatarabuela. Construyó esta casa, con su marido, a finales del siglo XIX. Le encantaba el estilo victoriano inglés, como puedes comprobar en la mansión.

—Es muy femenina —comentó.

—Sí, bueno, pero supongo que querrás redecorarla... La casa siempre ha estado en manos de las mujeres de la familia y hasta ahora siempre hubo una especie de tradición familiar según la cual no se podían cambiar los muebles. Ni las tuberías, por cierto. Habría que cambiarlas.

Alex echó un vistazo a una de las sillas y acto seguido caminó alrededor de la enorme mesa de caoba. Rebecca no sabía cuáles eran las intenciones del hombre en lo relativo a la decoración de la casa, pero le daba igual: solo quería que la comprara.

—Si es una tradición, ¿por qué la vendes? —preguntó él.

—Porque me han ofrecido un trabajo en otro Estado.

—Podrías alquilarla.

—No. Un comprador podrá cuidar mejor de ella.

—Es una pena que rompas una tradición tan larga —declaró, mirándola con curiosidad.

—Sí, tal vez, pero por otra parte es una suerte para ti, ¿no te parece? Por cierto, el candelabro que está sobre la mesa es una de las cosas que me llevaré conmigo.

—Es precioso.

—¿Seguimos la visita?

Rebecca le enseñó el estudio y la biblioteca y acto seguido subieron al segundo piso por la escalera, de roble.

Mientras avanzaban, la mujer recordó el verano en el que su madre y ella decidieron arreglar la escalera por su cuenta, porque no tenían dinero para pagar a un carpintero. Había sido un trabajo muy duro, pero al menos su madre había estado tan ocupada que no había tenido tiempo para cambiar de amante cada dos días.

Aquel verano la había tratado con una atención especial, como si Rebecca fuera lo único que le importaba en el mundo. Un día, le dijo que amaba aquella casa y que cuando fuera mayor entendería su nostalgia. Pero Rebecca siempre había pensado que la mansión era tan poco práctica como su madre, y no entendió sus palabras hasta aquel preciso instante, al ver a Alex Carlisle pasando una mano por la barandilla con tanta delicadeza como si estuviera acariciando a una mujer.

Cuando llegaron arriba, le enseñó las habitaciones de invitados y finalmente se dirigieron hacia la suite principal. Pero antes de que pudiera abrir, Alex se detuvo junto a otra puerta y preguntó: —¿Qué hay aquí? —preguntó él.

—Solo es otro dormitorio.

Rebecca se maldijo por su mala suerte y pensó que debería haber cambiado la decoración de aquella sala.

—¿Puedo verla?

—Sí, claro, por supuesto...

La mujer abrió la puerta, conteniendo el aliento, y espero a ver su reacción.

—Caramba, es... cómo diría...

—Esa una réplica exacta de un burdel del siglo diecinueve —explicó ella.

Alex rio.

—Supongo que no bromeas.

—No, no bromeo.

—Es muy interesante.

Rebecca lo miró con asombro. Al parecer, Alex Carlisle no era ningún puritano. Era obvio que estaba hecho de un material mucho más duro, a la par que atractivo, y hasta consideró la posibilidad de enseñarle el cuadro de su

madre que estaba en el desván solo para ver cómo reaccionaba. En él, su madre aparecía completamente desnuda, después de haber posado para un artista italiano.

Por fin, abrió la puerta de la suite.

—Éste es el dormitorio principal.

—¿Es el tuyo?

—Oh, no. El mío está al otro lado del pasillo.

Alex entró y se tumbó en la cama para poder mirarse en el espejo superior. Al verlo allí, Rebecca lo imaginó desnudo, haciendo el amor con una mujer entre sábanas de satén rojo. Se sintió dominada por el deseo.

—¿Quieres venir? —preguntó él, dando un golpecito sobre la cama, a su lado.

La mujer pensó que aquella era la mejor oferta que la habían hecho en muchos años. Y sintió la necesidad de aceptar, pero no lo hizo.

—No, esperaré en el corredor.

Alex Carlisle salió de la suite unos segundos después y Rebecca lo llevó a su propio dormitorio. Estaba decorado con muebles de estilo sencillo, nada recargados, e iluminado por el sol de la tarde.

—Los muebles de esta habitación también me los llevaré —dijo ella.

El hombre hizo un gesto hacia la vieja bañera y dijo:

—Parece que la has restaurado recientemente...

—Sí, es cierto.

—Mantener todo esto debe costar una fortuna.

—Mi abuela nos dejó una herencia considerable.

Naturalmente, Rebecca no había dicho toda la verdad. Era cierto que su abuela les había dejado una herencia, pero había sido suficiente.

—¿El resto de los muebles están incluidos en el precio?

—Sí, están incluidos todos menos los que he mencionado.

Subieron al ático y después descendieron por la escalera trasera, que terminaba en un pasillo junto a la cocina. Cuando finalmente abrió la puerta del sótano, su corazón comenzó a latir más deprisa. Rebecca se dijo que no tenía nada que ver con la historia que le había contado su amigo Tommy Mackenzie en la infancia, según la cual había un muerto enterrado bajo la escalera. Ella se lo había contado a su madre y la mujer se había limitado a reír.

El año anterior había encontrado una rata gigantesca en el mismo sitio, pero su madre dijo: «Vamos, has estudiado derecho, por Dios. Seguro que sabes

enfrentarte a una o dos ratas».

—¿Vas a enseñarme otro burdel? —preguntó él, con ironía.

—Oh, no... solo es el sótano. ¿Quieres verlo también?

—Sí, por supuesto. Pero si lo prefieres, puedes esperar aquí.

Rebecca esperó y Alex regresó minutos después.

—Tu colección de vinos es excelente. Yo también soy coleccionista.

—¿En serio? —preguntó.

La mujer se dijo que Alex Carlisle no iba a encajar muy bien en un lugar con tan poca vida como Junction Gap. Estuvo a punto de confesarle que se moriría de aburrimiento durante el primer mes, pero lógicamente no lo hizo.

—Es una casa magnífica —dijo él.

—Sí, lo es.

—Y supongo que mantenerla es difícil.

—Un poco. Pero, ¿quieres tomar un café?

—Claro.

Rebecca lo llevó a la cocina, donde estaba el gato.

—Siéntate —dijo.

—Gracias —declaró, mientras tomaba asiento—. Veo que esta sala también tiene muebles modernos. Hay muchos contrastes interesantes en la casa.

—Mi madre y yo éramos muy distintas —explicó.

—¿Y de quién fue la idea del burdel?

—De ella. Murió hace seis meses.

—Vaya, lo siento mucho. Me habría gustado conocerla.

—Gracias.

Rebecca sonrió al imaginar el imposible encuentro entre Alex Carlisle y Angelina Parsons. En solo cinco minutos, su madre habría conseguido venderle la casa y acostarse con él.

Puso el café a calentar, miró el sobre que estaba sobre la mesa y dijo:

—Mi agente ha preparado el contrato. Yo ya lo he firmado.

—Comprendo —dijo él.

—Míau...

—Creo que tu gato te está llamando.

Alex miró al animal, que lo contemplaba con curiosidad.

—No es él. Es el reloj de pared. Otro de los objetos que voy a llevarme.

—Muy original...

Rebecca pensó que tendría que haberse desecho del reloj, pero su madre se lo había regalado, junto con el gato, cuando cumplió veintitrés años.

Justo cuando se disponía a retirar la cafetera del fuego, Alex sacó un bolígrafo y firmó el contrato. Rebecca suspiró. Había sido muy fácil. Tal vez, demasiado fácil.

—Parece que todo está bien —dijo él—. Entonces, ¿podré venir a vivir dentro de tres semanas?

—Sí, por supuesto. ¿Quieres azúcar con el café?

—No, gracias.

Alex tomó un poco de café, tocó levemente una de las manos de la mujer y añadió:

—Me gustaría celebrarlo. Si te compro una botella de vino, ¿te unirás a mí?

Rebecca se puso en tensión. El contacto de aquel hombre era hipnótico, casi mágico. Pensó que los hombres como él deberían llevar una etiqueta en la que se advirtiera que eran todo un peligro.

—Es muy pronto para beber...

—Nunca es pronto para tomar una copa —dijo, con voz profunda.

Rebecca apartó la mano y recogió su taza de café.

—Está bien, pero solo una copa.

—Por ahora.

—Tengo un buen chardonnay, ¿te parece bien?

—Perfecto.

Rebecca se alegró mucho. La botella estaba en la cocina y no tendría que bajar a la bodega. Cuando tenía que sacar algo de allí, se lo pedía al marido de su vecina.

Tomó la botella, dos copas y el sacacorchos y caminó hacia la mesa. Y entonces, se fijó en los pantalones de Alex.

Capítulo 2

Rebecca apretó los dientes, se inclinó y le limpió los pelos del gato.

—Oh, lo siento mucho. Es un traje muy bonito y mi gato...

Él la tomó de la mano y la apartó.

—No te preocupes, no pasa nada.

El pulso de la mujer se aceleró al mirarlo. Un mechón de cabello negro le caía sobre una ceja y sintió la necesidad de apartarlo, pero consiguió controlarse. Se incorporó de nuevo, miró al gato con cara de pocos amigos y el animal se marchó de la habitación.

—El gato no está muy de acuerdo con la mudanza —explicó—. Supongo que ha pensado que no comprarás la casa si te molesta. Sé que parece una tontería, pero siempre ha sido más humano que felino. Si quieres, te pagaré la factura de la tintorería.

—Por favor, no sigas.

Rebecca lo miró con perplejidad.

—¿Cómo?

—No ha sido nada. De hecho, me he divertido bastante. Pero disfrutemos del vino...

Alex sonrió, abrió la botella y se sirvió un poco para catarlo.

—Excelente —dijo—. Tienes tan buen gusto con los vinos como con las casas.

—Gracias —dijo ella.

Rebecca alzó su copa para brindar y él hizo lo propio, pero en lugar de beber de nuevo, la miró a los ojos y acto seguido admiró sus labios.

Tuvo la impresión de que deseaba besarla, aunque no podía creerlo. Los hombres como Alex Carlisle preferían a las mujeres como su madre. Además, no entendía lo que le estaba sucediendo. Se sentía intensamente atraída por él y nunca había experimentado nada similar.

Estaba tan nerviosa que derramó un poco de vino y tuvo que limpiarlo. Cuando levantó la mirada de nuevo, observó con irritación que él seguía tan tranquilo, perfectamente relajado, como si nada le afectara demasiado.

—Por cierto, ¿que te ha traído a Junction Gap?

—Un impulso. Mis padres tienen una mansión de estilo victoriano en Nueva

York y pensé que imitarlos podría ser divertido.

—Qué coincidencia. Precisamente el trabajo que me han ofrecido está en Nueva York, en Manhattan.

—¿En serio? Yo vivo en Manhattan casi todo el año.

—¿Casi todo el año? ¿Dónde más vives?

—Tengo varias casas además del piso de Nueva York, pero nunca permanezco mucho tiempo en ninguna. Me gusta cambiar. O por lo menos, me gustaba hace poco.

—¿Y qué ha cambiado?

—Después de cumplir los treinta y cinco pensé que tenía muchas casas, pero ninguna es mi hogar. Mi abuela dice que siempre estoy revoloteando. El caso es que pensé que una mansión histórica como esta representaría un poco de estabilidad y permanencia en mi vida.

Rebecca estuvo a punto de comentar que aquella mansión no había vivido ningún tipo de estabilidad emocional, pero él siguió hablando.

—Mis abuelos viven en una pequeña comunidad y me sugirieron que probara la experiencia. Si me gusta, es posible que me quede aquí de forma permanente.

La declaración de Alex le sorprendió. Al parecer lo tenía todo muy claro, pero no podía imaginar lo que era vivir en un lugar como aquel.

—Bueno, has elegido un buen lugar —mintió.

Entonces, Rebecca se levantó, tomó las dos tazas de café y las llevó a la pila. Después, las metió en el lavaplatos y se llevó una desagradable sorpresa. Todo lo que había tirado la noche anterior a la trituradora de basura había acabado de algún modo en el interior de la máquina. No sabía cómo podía haber sucedido, pero había restos de espagueti, hojas de lucha, cebolla, tomate, trozos de champiñón y pimiento verde por todas partes.

—¿Sucede algo? —preguntó él, levantándose de la silla.

—No, no, descuida... Siéntate, por favor —dijo, mientras cerraba el armario a toda prisa—. Es que acabo de recordar que mañana tengo que ir al tribunal.

—¿Al tribunal?

—Sí, ya sabes, ese sitio con abogados, jueces y acusados. En Junction Gap llevamos algunos casos bastante importantes porque tenemos el tribunal central de todo el condado. La semana pasada mi cliente recibió un pago de una de las 500 empresas más importantes del país.

Rebecca no mencionó que la factura había sido solo de diez dólares, la suma

exacta de una barrita de chocolate y de los costes de envío. Su cliente había denunciado a la empresa porque le había parecido que una de sus barritas estaba caducada.

—¿Por eso te comportas de repente como un conejo asustado?

El comentario de Alex la ofendió.

—Simplemente he recordado que tengo una cita. De modo que si el contrato está firmado, se lo llevaré a mi agente.

—No te preocupes, yo lo llevaré. De todas formas tengo que ir a la ciudad.

—En tal caso te acompañaré a la salida.

Mientras caminaban hacia la puerta principal, pensó que tendría que solucionar el último problema que había surgido. No sabía nada de fontanería y no tenía la menor idea de cómo habían podido ir a parar los restos de la trituradora de basuras al lavaplatos. Era como si las tuberías se hubieran cruzado de algún modo y dudaba que pudiera encontrar un fontanero en viernes por la tarde.

Cuando llegaron a la puerta, estrechó su mano y dijo:

—Conocerte ha sido un placer.

—También lo ha sido para mí, Rebecca.

—Adiós.

Rebecca cerró la puerta de golpe, todavía con la impresión de aquellos ojos verdes en su memoria. Aunque hubiera sabido cómo arreglar el problema del lavaplatos, lo habría olvidado; la huella que le había dejado Alex Carlisle era tan profunda que no podía pensar en otra cosa.

Moose se acercó entonces al pasillo y Rebecca tuvo la sensación de que sonreía.

Alex aparcó su lujoso vehículo cerca del restaurante. Salió del coche y recordó que tenía el contrato en un bolsillo de la chaqueta, así que lo guardó en el maletín y pensó en la mujer que acababa de conocer.

Tenía menos de un mes para conseguir lo que pretendía. Estaba decidido a descubrir los secretos de aquellos ojos intensamente azules y del atractivo cuerpo oculto bajo un traje bastante conservador. En otros casos ya lo habría conseguido, pero Rebecca no se había arrojado precisamente a sus brazos. Estaba acostumbrado a que las mujeres lo persiguieran y aquello era nuevo para él.

Entonces recordó el brillo de sus ojos y supo que se habría dejado llevar si

la hubiera besado. De hecho había estado a punto de hacerlo. Deseaba besar aquella boca. En realidad, nunca había sentido un deseo tan intenso.

Caminó hacia la entrada del restaurante Mack e intentó pensar en sus otros problemas. Había alquilado un apartamento para pasar el mes, pero ya no estaba disponible y no sabía dónde podía alojarse. Cuando había ido a recoger las llaves se había encontrado con el apartamento cerrado y un cartel que decía, literalmente, «me he ido a pescar».

Llamó a la puerta hasta agotarse y poco después una vecina le comentó que el dueño no regresaría hasta la semana siguiente, de modo que decidió ir a comer y buscar más tarde un motel.

Al entrar en el local, los clientes dejaron de hablar y lo miraron con interés. Alex sonrió. Estaba acostumbrado a ser el nuevo en todas partes, así que había aprendido a reaccionar en circunstancias similares.

Su padre siempre decía que su sentido de la diplomacia era genético y Alex casi estaba de acuerdo. No en vano, había pasado algunos de los días más felices de su vida en la mansión de sus abuelos. Su forma de vida asentada y su encantador vecindario le habían hecho pensar que tal vez se estaba perdiendo algo importante. Frunció el ceño y se dijo que tal vez eso explicara su atracción por Rebecca. Tal vez le atraía la idea de tener una esposa e hijos.

Echó un vistazo a su alrededor. El local no era muy elegante. Estaba decorado al estilo de los años cincuenta, con asientos de color rojo junto a las ventanas, butacas metálicas en la barra y suelos de linóleo.

Una camarera de grandes pechos, vestida con vaqueros y camisa roja, se dirigió a él.

—¿Una mesa? —preguntó.

Él asintió con una sonrisa y la mujer lo llevó a una de las mesas. Acto seguido, le dio el menú y se inclinó tanto sobre él que tuvo una visión perfecta de sus generosos y atractivos senos. Sin embargo, no le tentaron. Por alguna razón solo conseguía pensar en Rebecca, y bastó que imaginara su cuello para que su corazón se acelerara.

—¿Ya sabes lo que vas a tomar? —preguntó la mujer.

—Un plato especial —respondió, aunque no había prestado ninguna atención al menú.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No, pero pienso quedarme a vivir.

—¿De verdad? ¿Tienes familia en la zona o algo así?

—No exactamente. Pero estoy buscando un lugar donde alojarme

temporalmente —respondió con una sonrisa—. ¿Hay algún motel en la ciudad?

—Algo parecido. Bill alquila habitaciones.

—¿Bill?

—Sí. Espera a que haga tu pedido y ahora te explico...

La camarera entró en la cocina y regresó unos segundos después. Tomó una silla, se sentó frente a él y sonrió. Era muy atractiva, pero en su opinión no podía competir con Rebecca Parsons.

—Por cierto, me llamo Sandy —dijo ella.

—Encantado. Yo soy Alex Carlisle. Voy a comprar una casa en la calle Forest.

—¿La mansión de Rebecca?

—Sí.

En aquel momento, un cliente gritó:

—¡Sandy! ¿Puedes traernos un té helado?

—Sí, voy en seguida...

—Vamos, Sandy, date prisa. Tenemos que ir al lago.

—Oh, maldita sea —dijo, mirando a Alex mientras se levantaba—. Había olvidado lo del torneo de pesca. Seguro que Bill ha alquilado todas las habitaciones.

—Qué lástima —dijo Alex.

—Lo siento mucho. Has elegido un mal fin de semana para venir. Pero puedes intentarlo en el motel Six, de Hopeville.

La camarera lo miró de forma provocativa y acto seguido se alejó para atender a los clientes.

Alex sacó el móvil y se dispuso a llamar a los establecimientos hoteleros de las localidades cercanas. Sin embargo, no pudo hacerlo. Al parecer, no tenía cobertura.

Sandy pasó en aquel momento por delante de su mesa y dijo:

—No podrás llamar con el móvil.

—¿Bromeas?

—No, toda la ciudad está sin cobertura. Pero tenemos un teléfono público en el cuarto de baño.

—Maldita sea...

Sandy sonrió.

—Bienvenido al campo, Alex Carlisle.

Rebecca entró en el restaurante, con la esperanza de encontrar a algún técnico o fontanero. El local de Mack era el centro de la localidad y si no conseguía encontrar a nadie allí no le quedaría más remedio que intentar arreglar el aparato ella sola.

Se dirigió directamente a la barra y saludó al dueño.

—Hola, Mack.

—¿Qué deseas?

—¿Puedo hablar contigo?

—Ahora no. Tenemos mucho trabajo.

Rebecca miró a su alrededor. Hasta entonces no había notado que el restaurante estaba lleno.

—¿Qué ocurre?

—Es por el torneo de pesca.

—Ah, claro...

La mujer pensó que en tal caso no conseguiría encontrar a nadie. Además, había llamado por teléfono a su fontanero habitual y no había conseguido localizarlo. Al parecer se había casado y se había marchado a Florida de luna de miel.

Miró a los clientes, desesperada, y un segundo después notó la presencia de cierto hombre de cabello oscuro.

—Vaya —susurró.

Caminó hacia él, intentando controlar su nerviosismo y lo saludó.

—Hola. Ya veo que has descubierto el restaurante de Mack.

Alex se levantó.

—Hola. ¿Quieres sentarte?

—No, gracias.

—Oh, vamos...

—Está bien, me sentaré.

Él esperó a que Rebecca tomara asiento antes de volver a sentarse.

—¿Qué tal te ha ido en el tribunal?

—Bien. Ha sido breve, por una vez —mintió.

—Pues has llegado justo a tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó, totalmente seducida por su voz y por su sonrisa.

—Antes que nada, ¿quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Pues verás... Había alquilado un apartamento, pero ya no está disponible

y no consigo encontrar ninguna habitación libre en ningún motel por culpa de la competición de pesca. Me pregunta si podrías darme alguna idea.

—¿No tienes alojamiento?

—No, y creo que tus vecinos se han molestado conmigo porque he estado varios minutos monopolizando el teléfono público.

Parecía tan sinceramente confundido, y era tan guapo, que Rebecca tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—¿Has probado con el local de Bill?

—Sí, sin éxito.

—Bueno, no lo lamente. No te has perdido gran cosa.

Alex miró sus manos y Rebecca se estremeció. Definitivamente poseía un enorme poder sobre ella.

—¿Y qué hay del motel Six, de Hopeville?

Alex contempló sus ojos con verdadero interés, sin prestar ninguna atención a lo que estaba diciendo.

—¿Me has oído? —preguntó ella.

—Ah, sí, claro... —respondió, algo nervioso—. También está lleno. Como todos los establecimientos de Bolton, por cierto.

—Pues no puedes dormir en el coche. ¿Qué vas a hacer?

Él se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea.

—Puedes quedarte conmigo.

Alex la miró e intentó simular sorpresa por su ofrecimiento, pero no le salió muy bien.

—¿Contigo?

—Supongo que ha sido una idea estúpida. Olvídalo.

—¿Lo decías en serio?

—Bueno, yo...

Alex se inclinó hacia delante y sonrió de nuevo.

—Solo sería durante el fin de semana. Estoy seguro de que conseguiré alquilar el apartamento cuando terminé el torneo de pesca. Y te lo agradecería mucho. Además, te pagaría por el alojamiento...

—¿Me pagarías?

—Por supuesto. ¿Te parece bien doscientos dólares al día?

Rebecca lo miró con absoluto asombro.

—¿Doscientos dólares?

—Por favor...

Rebecca hizo un esfuerzo y sonrió. Sabía que llevarlo a su casa sería todo un problema, pero por otra parte necesitaba el dinero.

—Está bien. Pero solo durante el fin de semana.

Capítulo 3

Alex notó el rubor de las mejillas de Rebecca y se maldijo por aprovecharse de su generosidad. Sin embargo, no podía evitarlo. No le apetecía tener que dormir en el coche, pero sobre todo, se sentía terriblemente atraído por aquella mujer.

—Entonces... ¿prefieres la parte derecha o la izquierda? —preguntó él.

—¿De la casa, o de la cama? —preguntó ella.

—De las dos cosas.

—Yo suelo dormir en mitad de mi cama. En cuanto a ti, dormirás en el ala oeste —dijo, con una sonrisa—. Tendrás tu propio cuarto de baño y una sala de estar.

—¿Vas a darme la suite azul?

—Exacto. Veo que prestaste mucha atención a la casa.

—Por puesto. Siempre me fijo en todo.

Las pupilas de Rebecca se dilataron y él se sintió tan atraído por ella que extendió una mano para tocarla, pero justo entonces apareció Sandy y rellenó su vaso de té.

Alex se echó hacia atrás y recordó que estaban en un establecimiento público.

—¿Quieres algo, Rebecca? —preguntó la camarera.

—No, gracias. Tengo que marcharme —dijo, mientras se levantaba—. Te veré más tarde, Alex.

—Sí, claro, y gracias por todo.

Rebecca desapareció y la camarera aprovechó el momento para interesarse por lo sucedido.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Muy bien —respondió con una sonrisa—. Gracias.

Sacó la cartera para pagar y entonces notó que Sandy había escrito su número de teléfono en la cuenta. En cualquier otra ocasión, la habría llamado. Pero aquel día no. Aquel día había conocido a Rebecca.

Dejó una generosa propina y salió a la calle. Hacía calor y decidió que podía aprovechar la tarde para intentar alquilar una oficina. Si iba a quedarse en aquel lugar, necesitaría un sitio para trabajar.

Subió al coche y tomó la calle principal de la localidad, flanqueada por árboles. Lo más alto que había en aquella ciudad eran los postes de teléfono, y lo más parecido al cemento, las aceras. Era un sitio muy diferente a los que conocía y supuso que estaba siendo muy impulsivo al comprar una mansión sin saber siquiera si todo aquello le iba a gustar. Pero siempre había sido impulsivo, como sabían sus compañeros de profesión. Él no pasaba días enteros buscando empresas en Internet ni localizando información en bibliotecas. Prefería salir a comer con sus clientes y escuchar lo que tuvieran que decir. Les prestaba atención y en general funcionaba.

Mientras se dirigía hacia la agencia inmobiliaria, pensó que debía llevar algo a la casa de Rebecca y pensó en una botella de vino, dado que le gustaba.

Cuando llegó a la agencia, dio el contrato de Rebecca a Pam, la encargada, y después le preguntó por un lugar donde adquirir una buena botella de vino.

—Si quieres tomar algo de beber, puedo hacer algo al respecto...

Pam lo miró con evidente interés, pero una vez más Alex solo podía pensar en Rebecca.

—En realidad solo quiero unas direcciones para comprar cosas.

Pam se las dio y después le dio también el número de teléfono de su casa y el de su celular.

Cuando llegó al pequeño centro comercial, rio. La entrada estaba decorada con un enorme cerdo de plástico y pensó que en aquel lugar tenían sentido del humor. Aquello hizo que pensara de nuevo en Rebecca y en su casa. Tal vez no se pareciera tanto a su madre, pero algunos detalles como el reloj de pared que maullaba mostraban que había heredado sus genes rebeldes.

Entró en una de las tiendas y vio que tenían muy pocos vinos. Solo una marca de tinto, otra de blanco y un rosado, así como varias botellas de un champán con muy mal aspecto llamado Mad Dog 20/20.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó una quinceañera pelirroja.

—Buscaba una botella de vino.

La joven lo miró y se ruborizó.

—Están allí...

—Sí, pero buscaba algo más... elegante. ¿No podría echar un vistazo al almacén?

—Se supone que no podemos dejar pasar a los clientes...

—Solo por una vez...

—Bueno, está bien.

Veinte minutos más tarde, Alex había comprado una botella de chardonnay,

otra de merlot y un ramo de rosas amarillas. Caminó hacia el coche, silbando, y se dirigió a la mansión de Rebecca.

Cuando aparcó en el vado, contempló el edificio. Era ciertamente espectacular, con sus grandes balcones, sus torretas y sus jardines llenos de flores. Además, tenía aire de permanencia y de solidez. Se preguntó si podría acostumbrarse realmente a un lugar como aquel. Le gustaba pasar los veranos en Nueva York, los inviernos en Florida y unos cuantos meses en San Francisco. Pero la idea de pertenecer a una pequeña comunidad le resultaba atractiva.

Mientras llamaba al timbre, se dijo que la casa se parecía mucho a la de su abuela Nana.

Rebecca abrió la puerta enseguida.

—Hola.

—Hola —dijo ella, con una sonrisa—. Entra, por favor...

Alex pasó a su lado, dejó en el suelo la bolsa con las bebidas y le dio el ramo de rosas.

—Es para ti.

—Oh, gracias...

El hombre notó que estaba tensa y preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Claro, por qué no...

—Tienes mal aspecto.

Entonces, Alex se acercó a ella y la abrazó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Rebecca.

—Bailar.

—¿Bailar?

—Sí, porque además de tener mal aspecto, pareces estresada.

—¿Tienes la costumbre de bailar para quitarte el estrés?

—Por supuesto. ¿Tú no?

—¿Con quién podría bailar? ¿Con el gato?

—Mmm. Sí, supongo que vivir solo es un problema. ¿No tienes novio, amante o alguien que quieras que se convierta en tu amante?

—No.

—Entonces, ¿qué utilizas para relajarte?

—Un buen baño.

—Vaya, esa es una oferta muy escandalosa —bromeó.

Ella sonrió.

—Tengo la impresión de que no estoy precisamente con un caballero.

—Desde luego que no.

Alex bajó la cabeza y aspiró su aroma. Olía a flores y pensó que la deseaba con todo su cuerpo. Deseaba hacer el amor con ella y ahora estaba ahí, entre sus brazos, mirándolo con confusión y curiosidad.

El deseo era tan intenso que no pudo evitarlo. Se inclinó y la besó dulcemente, diciéndose que solo sería un breve contacto.

Sin embargo, ella se aferró a su camisa y se dejó llevar, de modo que él también lo hizo. La besó con más apasionamiento, la apretó contra su pecho y puso una mano algo más abajo de su cintura.

Su corazón comenzó a latir más deprisa y se concentró en su boca, en su lengua y en sus labios, incapaz de contenerse. Aquella mujer acababa de desatar una parte de su alma de la que hasta entonces no había sido consciente. Comenzó a acariciarla, frotando su erección contra ella. Y Rebecca gimió y le acarició el cabello.

Al sentir sus senos contra el pecho tuvo la necesidad de desnudarla, quitarle aquella ropa conservadora y mostrarle el lado salvaje de la vida y del sexo. Quería amarla, descubrirla, conocerla.

Pero de algún modo, una parte de sí mismo recobró la razón y se apartó de ella. Levantó la cabeza y miró a la mujer más bella, sensual y deseable que había visto.

Rebecca parpadeó y se ruborizó, así que él decidió actuar con naturalidad, como si no hubiera sucedido nada.

—¿Qué te parece si comemos algo? —preguntó con una sonrisa.

Caminó hacia la cocina con la bolsa de la compra y se volvió para ver si lo seguía, pero Rebecca seguía en el vestíbulo de la casa, sin moverse.

—También he traído vino...

Rebecca sonrió entonces y caminó hacia él.

—Tienes el pelo revuelto y la camisa desabrochada —comentó ella.

—¿Cómo?

Alex bajó la mirada y comprobó que efectivamente le había desabrochado varios botones de la camisa, así que se arregló un poco. Después metió la botella de vino blanco en la nevera y dejó la de vino tinto en el exterior.

—¿Has comido algo? —preguntó él—. Si quieres, siéntate. Soy un gran cocinero.

—No, no he comido nada, así que acepto la invitación. Pero al menos permite que abra la botella de vino.

—Por supuesto...

Alex se frotó la frente y ella preguntó:

—¿Estás bien?

—Creo que necesito una copa.

—Yo también.

Mientras ella descorchaba la botella, él comenzó a preparar un plato de pasta. Tras comprar las bebidas había pasado por el supermercado para comprar comida.

Entonces apareció el gato y se subió a la encimera.

—Moose... —dijo ella.

—¿Moose? —preguntó Alex.

—Sí, se llama así. Ten cuidado con él, es un poco temperamental. ¿Te importa que se haya subido a la encimera?

—No, en absoluto, no me está molestando.

Alex probó el vino y la miró. Por primera vez en su vida se sentía incómodo con una mujer. No sabía si disculparse. En realidad no quería hacerlo, pero se sentía confundido. Pensó en la posibilidad de sacar el tema, pero después se dijo que tal vez sería mejor que lo dejara pasar.

—Te agradezco mucho que me hayas permitido quedarme aquí.

—No ha sido nada.

Permanecieron en un silencio tenso durante un rato, al cabo del cual, él dijo:

—Creo que la salsa ya está preparada.

—Tiene buen aspecto —dijo ella, mientras tomaba una cucharilla para probarlo—. Mmm. Y sabe muy bien.

Rebecca tomó su copa de vino, echó un trago y lo miró con sus penetrantes ojos azules.

—Sobre lo que pasó antes...

No pudo terminar la frase. Justo entonces, la habitación se quedó a oscuras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alex.

—Oh, no puedo creerlo...

Moose maulló a modo de protesta.

—Me pregunto si los vecinos también se habrán quedado sin luz —comentó él.

—Quédate aquí. Voy a echar un vistazo.

Rebecca abrió la puerta trasera de la casa para ver si había luz en la casa de los vecinos. Ya era de noche y la luz de la luna entró en la habitación. Alex la siguió.

—Probablemente ha sido algún fusible —dijo—. ¿Dónde están la caja de los fusibles?

—En el sótano.

—¿Tienes velas, o una linterna?

—Creo que hay velas en un armario.

Rebecca sacó dos velas y las encendió.

—¿Por qué no cenas? —preguntó ella—. Yo iré a ver qué ha pasado con los fusibles.

—No, será mejor que te acompañe por si necesitas ayuda.

Rebecca se sintió muy aliviada. Detestaba el sótano y cuando abrió la puerta se dijo que podía bajar a aquel lugar. Le daba escalofríos.

—Baja tu primero —dijo ella—. Yo te sigo.

—¿Tienes miedo de la oscuridad? —preguntó él, riendo.

—Por supuesto que no.

—Te prometo que te protegeré.

—No lo dudo, pero baja tú antes.

Alex comenzó a bajar y ella lo siguió bien pegada a su cuerpo. Cuando llegaron abajo, la mujer tropezó y tuvo que aferrarse a él para no caer.

—Quédate cerca de mí y así no tropezarás con nada —dijo él—. Este lugar está muy oscuro...

—La caja de los fusibles está allí, a la izquierda.

El hombre avanzó en la dirección que le había indicado, sin dudar.

—En efecto, es lo que yo pensaba... Ha saltado uno de los fusibles. Pero lo arreglaré enseguida.

Segundos después, Alex pulsó el interruptor general y la luz iluminó el sótano.

—Magnífico —dijo ella.

—A mi me parecía que la luz de las velas era más romántica.

—No.

Alex estaba tan cerca de ella que podía sentir su aliento en la cara. La luz de la vela, que todavía estaba encendida, iluminaba su rostro y le daba un aire aún más atractivo. Rebecca no podía creer lo que estaba sucediendo. Quería que la abrazara de nuevo, pero pensó que aquello no tenía ningún sentido. Se habían dejado llevar por un impulso, nada más.

Él apagó la vela y la dejó sobre la caja de los fusibles.

—Sobre lo que pasó antes...

—¿Sí?

—¿Quieres que volvamos a hacerlo?

Rebecca sintió que se derretía como la cera. No tenía miedo. Solo deseaba que la tocara. Él la besó entonces, suavemente, como probando, y ella se entregó a él con pasión, deseando gozar del instante.

Se aferró a su cintura y deseó hacer el amor con aquel hombre. Alex la apretó contra una de las paredes del sótano y comenzó a besarla en el cuello, bajando cada vez más.

Rebecca había hecho el amor con algunos hombres, pero nunca había sentido nada como aquello. En primer lugar, nunca eran tan rápidos en sus aproximaciones porque ella no se lo permitía. Siempre había pensado que la espontaneidad y la ausencia de prejuicios eran cosas de su madre, no de ella. Pero evidentemente se había equivocado. En aquel preciso momento, él estaba intentando quitarle el sostén mientras ella hacía lo propio con su camisa.

Por desgracia, una voz familiar los interrumpió.

—¿Rebecca?

Rebecca se apartó a toda prisa de Alex.

Era su vecina, Linda, que se encontraba en la parte superior de las escaleras.

—Estaba fregando cuando he visto que las luces de tu casa estaban apagadas. He estado a punto de pegarme un buen golpe al entrar en tu cocina...

Entonces, Linda vio a Alex, sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Vaya, ya era hora de que encontraras algo interesante que hacer.

Capítulo 4

Mientras seguían a Linda hasta el piso superior, Rebecca se apresuró a arreglarse la ropa. Quiso abrocharse el sostén, pero en tal situación era bastante complicado.

—Déjame, yo lo haré —dijo Alex en un susurro, a su espalda.

—Arréglate el pelo y abróchate la camisa —murmuró ella.

Rebecca se sentía muy avergonzada. Una de sus mejores amigas los había descubierto in fraganti, y no quería ni pensar en lo que iban a decir sus conocidos cuando supieran que mantenía relaciones con un hombre como Alex. Seguramente comentarían que ahora que su madre había desaparecido, se había convertido en una devoradora de hombres como ella.

Cuando llegaron a la cocina, los presentó.

—Alex, te presentó a Linda Mason, mi vecina.

—Encantado de conocerte. Creo que dentro de poco seremos vecinos.

—¿Vas a comprar la casa? Es increíble —dijo, mirando a Rebecca—. Pero si acabas de ponerla en venta... No pensé que lo consiguieras tan deprisa. Además, ya sabes que no me gusta que te marches. ¿Cómo es posible que no me hayas dicho nada?

—Alex ha firmado el contrato esta misma tarde —explicó.

—Eso es maravilloso. Bueno, no quiero que Rebecca se marche, pero no me hace caso... La gente del vecindario estaba preocupada porque no sabían qué tipo de personas iban a comprar la casa, pero tú tienes muy buen aspecto —comentó Linda, mirando a Alex de la cabeza a los pies—. No pareces un psicópata, así que podrías venir a la fiesta que vamos a dar. También servirá como fiesta de despedida de Rebecca, así que espero que vengas.

—Estaré encantado —dijo Alex con una sonrisa.

Los ojos de Linda brillaron como si la sonrisa de Alex fuera a provocarle un desmayo, pero el hombre se acercó y la tomó del brazo con delicadeza, para impedirlo.

Rebecca sintió un intenso e inesperado ataque de celos, a pesar de que Linda estaba felizmente casada, como todos sus vecinos de la calle con excepción de dos viudos. Para tranquilizarse, comenzó a fregar.

—¿Eres soltero? —preguntó Linda de repente.

—Sí.

Al ver que Rebecca estaba fregando, Alex quiso ayudar.

—Deja que lo haga yo...

—No, tú ya has cocinado. Siéntate y sírvete una copa de vino. ¿Quieres tomar algo, Linda?

Su vecina seguía en mitad de la habitación, obviamente paralizada por el inmenso atractivo del desconocido.

—Alex, por favor, sírvele una copa.

Mientras Alex servía el vino, Linda se acercó a su amiga y susurró:

—Tenemos que hablar.

—¿De qué? —preguntó.

—No importa. Ya hablaremos más tarde.

—De acuerdo.

En aquel momento Alex se acercó a las mujeres, les dio sus copas de vino y dijo:

—Voy a buscar unas cuantas cosas al coche.

Alex guiñó un ojo a Rebecca, como para darle a entender que había entendido perfectamente que querían estar a solas un momento. Después, se alejó y salió de la casa.

—Dios mío —dijo Linda—. No sabía que existieran hombres así.

—Yo tampoco.

—Mi Jake está bien, pero esa sonrisa, esos hombros...

—Has dicho que querías hablar conmigo —la interrumpió, molesta.

—Ah, sí, es verdad. Creo que alguien debería echar un vistazo a tu tejado.

—¿A mi tejado?

—Esta tarde estaba barriando hojas secas del jardín cuando una ráfaga de viento tiró varias tejas de tu tejado. Las dejé junto a mi puerta trasera, pero parecen bastante viejas. Mala señal, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí.

—Sería mejor que lo comprobaras. Tal vez tengas alguna gotera y no quería decir nada delante de tu comprador. Ven, te lo enseñaré.

Las dos mujeres salieron a jardín trasero.

—Cayeron de allí —dijo Linda.

Rebecca alzó la mirada.

—¿Del balcón?

—No, de más arriba. Tardaron un buen rato en caer. Está muy alto... ni siquiera sé si fabrican escaleras tan altas. Tal vez deberías alquilar una de

esas escaleras mecánicas que utilizan los técnicos de telefonía.

Rebecca no dijo nada. No quería pensar en lo que podía costar algo como aquello.

—Bueno, no te preocupes, seguro que no es importante —dijo Linda—. Además, siempre te las arreglas para solucionarlo todo. Pero será mejor que te marche y te deje con... lo que estuvieras haciendo.

—No sé qué estaba haciendo. Si lo supiera te lo diría, créeme.

Linda la abrazó.

—Te vamos a echar mucho de menos, en serio. No puedo creer que te marches.

Antes de que Rebecca pudiera hablar, Linda se dio la vuelta y se marchó.

Caminó hacia la mansión y vio que Alex se había asomado a la puerta trasera. Al verlo se preguntó cómo podría arreglar el tejado con él en la casa. No tendría más remedio que esperar a que se marchara.

Cuando llegó a su altura, sonrió y dijo:

—Linda quería enseñarme las flores que ha plantado.

—¿A estas horas? —preguntó, extrañado.

—Sí, es un poco tarde, pero discutir con Linda no es buena idea.

—¿Es dura de roer?

—Tú lo has dicho.

Entraron de nuevo en la casa y ella lo maldijo en silencio por oler tan bien. Se apartó de él, pero eso fue peor; su visión era mejor que su aroma.

Alex notó su tensión y se acercó a ella.

—Rebecca...

—No, no digas nada, lo sé. Hemos cometido un error. Yo me voy a marchar de esta casa y tú estás a punto de habitarla. Somos dos perfectos desconocidos y esto no tiene sentido.

Alex la tomó de la mano y comenzó a acariciarla.

—No es preciso que tenga sentido.

—Deja de hacer eso, Alex. Haces que desee seguir con lo que estábamos haciendo...

Rebecca apartó la mano y añadió:

—¿Qué te parece si te enseño tu habitación?

—Como quieras —sonrió.

Solo entonces, Rebecca comprendió que había cometido un error, así que corrió a intentar remediarlo.

—Ah, no, nada de eso. Eres un hombre inteligente, pero estoy segura de que

serás capaz de encontrar tu habitación tú solo.

Entonces, Rebecca se volvió y se alejó escaleras arriba.

—Rebecca...

La mujer miró hacia atrás y vio que Alex estaba al pie de la escalera, apoyado en la barandilla.

—Si me necesitas, sabes donde encontrarme —dijo.

Rebecca siguió su camino y se dijo que no tenía intención alguna de encontrarlo. Pero sabía que se estaba mintiendo a sí misma.

Alex se despertó helado, pero sonriendo.

Estaba helado porque había tomado tres duchas frías a lo largo de la noche. Y sonreía porque ninguna de las tres había servido para nada. Rebecca lo había seguido a sus sueños, llenándolos de fantasías eróticas.

Supuso que tendría que acostumbrarse a permanecer en estado de continua excitación mientras estuviera con ella. Se levantó de la cama con una erección y pensó que no podía salir del dormitorio de tal estado, así que consideró la posibilidad de ducharse de nuevo o de encontrar alguna otra distracción.

Se acercó a la ventana y miró al exterior. La luz del sol iluminaba la estancia desde el otro lado de la bahía.

Finalmente decidió ducharse y acto seguido pensó en el día que tenía por delante. Se dijo que tal vez sería mejor que mantuviera las distancias con ella. Rebecca parecía tener algunos prejuicios a la hora de acostarse con personas que acababa de conocer, y por otra parte supuso que por la mañana estaría más decidida que nunca a resistirse a la tentación. Así que, dado que necesitaba espacio, se lo concedería. Pero solo por unas horas.

Se puso una camisa negra y unos pantalones y antes de abrir la puerta de su suite escuchó atentamente para saber si ya se había levantado.

No pudo oír a Rebecca, pero en cambio comenzó a sentir un temblor general y un ruido que se fueron haciendo más intenso. Parecía un terremoto, pero no podía ser. En Georgia no había terremotos.

Abrió la puerta, con curiosidad, y salió al corredor. Entonces vio que Rebecca estaba en lo alto de la escalera.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada —respondió, ocultando un objeto tras la espalda.

El ruido aumentó tanto que ya no pudo disimular.

—Ah, ¿te refieres a ese ruido?

—Sí, claro. Pero, ¿qué haces una llave inglesa?

—Yo...

—¿Se ha roto algo?

—No, no, claro que no.

—Bueno, ¿pero qué es ese ruido?

—¿Qué ruido?

Para entonces, el ruido era tan alto que casi no se podían entender.

—¡Ese ruido! —gritó, para que pudiera escucharlo.

—Ah, eso... es Jake y su tractor.

—¿Un tractor? ¿Uno de esos vehículos de enormes ruedas y una cabina de cristal?

—Sí, por supuesto. Jake es el marido de Linda. Todos los sábados pasa por aquí por si alguien necesita arar la tierra.

—¿Qué? ¿Arar? ¿Para qué?

Rebecca se encogió de hombros.

—Para cualquier cosa. El año pasado hizo los surcos para que yo pudiera plantar las azaleas. Pero cambiando de tema, ¿qué problema tienes con las camisas?

Alex bajó la mirada y observó que no se la había abrochado.

—Parece que tienen vida propia —bromeó él.

El hombre se abrochó la camisa muy despacio. Sabía que Rebecca estaba definitivamente interesada en esa parte de su anatomía, así que decidió torturarla un poco. Ella se había puesto un jersey de color rosa y unos vaqueros que se ajustaban a sus caderas. Además, se había recogido el pelo con una coleta.

Rebecca siguió observándolo, pero cuando quiso avanzar hacia ella, el hechizo se rompió.

Dispuesto a mantener las distancias, Alex dijo:

—Voy a ir a la ciudad, pero si no tienes nada que hacer más tarde podríamos cenar juntos. Así podría darte las gracias por dejar que me quede en tu casa.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

Rebecca lamentó la noticia. Sabía que lo iba a echar de menos.

—Supongo que casi todo el día. Tengo que alquilar una oficina.

—Ah.

—Bueno, ¿qué te parece la idea de cenar?

—Bien, bien. Entonces, te veré más tarde.

—¿Has desayunado ya?

—Sí, un yogur —respondió, mientras se dirigía a la puerta del ático—. Ahora tengo que ir a buscar unas cosas. Hasta luego.

Alex la observó y pensó que obviamente tenía más cosas en la cabeza además de la seducción. Pero estaba dispuesto a corregir eso.

—¿Te has roto una pierna? ¿Lo dices en serio?

Rebecca estaba hablando por teléfono con el especialista en tejados. Era el único que estaba disponible y para empeorar las cosas se esperaban lluvias para aquel mismo día.

—Sí, me caí de un tejado la semana pasada —explicó.

—¿Eso ocurre con frecuencia?

El hombre rio.

—No, por suerte...

—¿Y no podrías hacer algún arreglo provisional? Acabo de oír un trueno y es posible que comience a llover en cualquier instante.

—Bueno, siempre puedes ir al centro comercial.

—¿Tienen departamento de reparaciones?

—No, pero tienen cubos y sospecho que vas a necesitar unos cuantos.

Cuando terminó de hablar por teléfono se preguntó cómo podría poner cubos por toda la casa sin que Alex lo notara. Pero tendría que encontrar la forma, porque la tormenta ya estaba sobre la casa.

Al llegar a la puerta de su habitación vio que ya tenía una gotera en el techo y que estaba empapando el entarimado. Tenía que actuar con rapidez para impedir que el agua estropeará la madera, así que sacó los cubos de plástico que tenía en el cuarto de baño y colocó uno en el lugar adecuado.

El gato miró el gato con interés, como si fuera un juego.

—De eso nada, Moose. No empieces con tus cosas.

El animal no hizo ningún caso y saltó al borde del cubo, pero pesaba tanto que el cubo cayó y Moose se puso perdido de agua.

—Te está bien empleado —dijo, mientras el felino metía bajo la cama.

Desesperada, decidió llamar a Jake para ver si podía ayudarla. Su vecino contestó enseguida y le dijo que la esperaría en la parte trasera de la casa.

Rebecca se puso unas botas de agua, tomó un paraguas y salió por la puerta de la cocina. El cielo estaba completamente cubierto y llovía a cántaros. Jake estaba mirando el tejado.

—Está muy alto —comentó él.

—Lo sé.

—Mi escalera no llegaría, pero tengo un amigo que trabaja para la compañía telefónica y que podría ayudarnos. Creo que su hermano tiene experiencia en reparación de tejados.

—Entonces llámalo si es posible. Pero mantenlo en secreto. El comprador de la casa se aloja aquí durante el fin de semana.

—¿Está viviendo contigo?

—No está viviendo conmigo, solo se aloja aquí. Necesitaba un sitio para quedarse hasta que... Bueno, no importa.

Precisamente entonces apareció Alex. Estaba empapado y le caían goterones por la cara, pero sonreía como si le encantara todo aquello.

—Menuda tormenta, ¿eh?

Rebecca suspiró. Empapado estaba aún más atractivo, pero aquella situación era muy peligrosa. Si entraba en la casa, descubriría las goteras y tal vez decidiera romper el contrato de compra. Sin embargo, se dijo que ella no lo había estafado. A fin de cuentas él había firmado antes de que se rompiera el tejado.

Fuera como fuese, no podía hacer gran cosa. Su futuro inmediato era una extraña mezcla de sueños rotos, un corazón roto y muchos cubos de plástico.

Capítulo 5

Alex ya había sospechado que la presencia de Jake en el patio trasero de Rebecca ocultaba algo, pero no quiso preguntar al respecto. Además, el mal tiempo le había proporcionado una excusa perfecta para pasar una romántica velada en el interior de la mansión.

—¿Te gusta la cena? —preguntó él.

—Es deliciosa, gracias. Por cierto, antes estuviste muy bien.

—Bueno, conseguir que Jake se marchara no fue difícil. Sin embargo, convencerte de que aún podríamos tomar una buena cena resultó bastante más complicado.

—No me refería a eso, sino a que salieras a buscar la cena en una noche tan mala.

—No me lo agradezcas tanto o empezarás a pensar que estás en deuda conmigo.

—¿Más todavía?

—¿Qué quieres decir? —preguntó, frunciendo el ceño.

Rebecca lo miró con ojos brillantes, como si hubiera estado a punto de confesar algo que no quería confesar.

—Nada, solo que... mudarse es muy caro. Sobre todo a Nueva York. No es una ciudad barata.

—Es verdad, pero te puedo ayudar para recuperes tus gastos. Soy especialista en inversiones y precisamente unos días me dieron una información muy interesante sobre las acciones de una empresa de tecnología.

—Al parecer te va muy bien.

—Digamos que mi negocio es bastante rentable.

Rebecca se limpió los labios con una servilleta y él deseó ser la servilleta. Aquella noche, la mujer se había dejado el cabello suelto, por encima de los hombros. Quiso tocarla. La distancia que habían mantenido a lo largo del día solo había servido para aumentar aún más el deseo.

En aquel momento sonó un trueno, muy cerca.

—Maldita sea, odio las tormentas —dijo ella.

—¿Crees que será peligroso? Tal vez deberíamos bajar al sótano.

—Tengo una radio. Podemos escuchar el parte meteorológico y ver qué

dicen...

Rebecca encendió la pequeña radio que tenía en la cocina. Al parecer habían sufrido un tornado en los alrededores, pero de momento solo se esperaban fuertes lluvias en la zona.

—De todas formas tal vez deberíamos bajar a la bodega —insistió él.

—¿También te disgustan las tormentas?

—Por supuesto que no. Lo que me asustan son los vientos huracanados.

—No te preocupes. Cuando hay tormenta nunca pasa nada. Aquí, el verdadero problema surge cuando todo está en calma. Por cierto, ¿conseguiste alquilar la oficina?

—El dueño de una tienda de la calle principal me ha hecho una buena oferta. Al parecer va a cerrar su negocio de comida sana, y dice que no encontraré un lugar mejor.

—Bueno...

—¿Es que me ha mentado?

—No, no es eso. Es que cualquier lugar de Junction Gap es bueno. Digamos que ha exagerado un poco. Además, ese local lleva tres años cerrado.

—¿Tres años?

—Sí, pero es verdad que la zona está bien. Está muy cerca de la barbería, que es el centro de todos los rumores de la zona. Te vendrá bien porque en un par de días todo el mundo sabría que estás ahí —respondió—. También se encuentra cerca de la oficina de la compañía de seguros y por supuesto de la consulta de Silvia. Si alguna vez necesitas consejos bursátiles, acude a ella.

—¿Es corredora de bolsa?

—No, es adivina. Ya sabes, echa las cartas, lee las manos... Es buena. El año pasado ayudó a uno de mis vecinos a encontrar su perro, que se había perdido.

Alex sonrió. Junction Gap podía ser un lugar bastante adormecido, pero no era nada aburrido.

—¿No te molesta?

—¿Por qué iba a molestarte? Recuerda que hasta me gustó la habitación decorada como un burdel.

—Míralo desde un punto de vista positivo. Tener a una bruja en el vecindario siempre es interesante.

En aquel momento sonó un trueno tan fuerte que toda la casa tembló y Alex dejó caer su copa al suelo, sin querer. La luz vaciló y se apagó.

—Oh, no, otra vez... —dijo ella—. Espera, iré a buscar las velas.

Él la tomó de la mano.

—Te acompañaré.

Alex sonrió. La situación no podía ser mejor. Una tormenta impresionante, una vieja y sombría mansión, peligro y electricidad en el ambiente, una heroína en apuros y un héroe disponible.

Rebecca abrió un cajón y encendió un par de velas. Alex pensó que el mundo parecía mucho más pequeño a la luz de una vela y le gustó la sensación. Era como si ellos dos fueran las únicas personas en muchos kilómetros a la redonda.

—Bueno, será mejor que bajemos a comprobar los fusibles.

—Yo lo haré.

Alex tomó una de las velas y dejó la otra en la cocina. En realidad quería ir solo porque le apetecía estar un buen rato a oscuras con ella.

—Quédate aquí —continuó—. Probablemente solo será otro fusible.

Entonces bajó la mirada y vio al gato, que lo observaba con evidente desconfianza. Rio y se dirigió al sótano. Tal y como había imaginado solo habían saltado un par de interruptores de la luz y lo único que tenía que hacer era ponerlos en marcha de nuevo, pero no lo hizo. En lugar de eso, recogió una botella de vino y volvió a subir.

—No sé que sucede —dijo, cuando regresó a la cocina—. Creo que tendremos que llamar a un electricista por la mañana.

—Oh, no.

—No te preocupes, intentaremos pasar el rato. Mira lo que he encontrado —dijo, enseñándole la botella.

Rebecca lo miró con intensidad, como si no creyera ni una sola de sus palabras.

—¿Qué pretendes, Alex?

—Nada —respondió con una sonrisa—. ¿Tan terrible te parece la perspectiva de pasar una velada conmigo y con una botella de vino?

—No es el vino lo que me preocupa.

Rebecca lo observó en silencio y Alex temió que su estrategia no funcionara, pero al cabo de unos segundos ella dijo:

—Está bien, qué diablos...

Alex sonrió, sirvió dos de copas de vino y se sentó a su lado.

—Por las tormentas —dijo, brindando.

—Ah, sí, las tormentas. A mi madre le encantaban. Le gustaba todo lo que fuera ruidoso y llamativo.

—¿Tan distintas erais?

—Como el día y la noche. Además, ella era muy bella.

Alex no comprendió el comentario. Rebecca también era muy bella.

—¿No os llevabais bien?

—Por supuesto que sí.

—Pero no estabais de acuerdo con la casa...

—A veces no. Sin embargo, ella era toda mi familia. Mi padre la dejó poco antes de que yo naciera y se pasó toda la vida simulando que no le había roto el corazón.

—Todos tenemos nuestras estrategias para superar el dolor.

—Sí, pero salir con la mitad de los hombres de Georgia es una medida un tanto extrema.

Alex pensó que también era una medida divertida, pero prefirió no dar su opinión.

—Pues yo diría que te pareces mucho a tu madre.

—¿En qué?

—No hay más que ver el reloj de pared que maúlla...

—Eso es solo un... objeto.

—Ya, claro. ¿Qué te parece si bailamos?

—¿Bailar?

—Sí, ya sabes, consiste en mover un poco los pies y las caderas, con cuerpos que se tocan y brazos alrededor del cuerpo del otro...

—¿Crees que es buena idea?

—Desde luego que sí. ¿Tienes equipo de música?

—Sí, en el salón. Pero no pongas nada clásico, prefiero algo más movido.

Alex pensó que esa era una mala idea. El interruptor del salón no había saltado y por tanto tenía luz, pero supuso que si alguna de las lámparas hubiera estado encendida lo habrían visto desde el pasillo. Así que tomó las velas y avanzaron por el corredor.

Mientras Alex encendía el equipo de música, Rebecca permaneció en mitad del salón, preguntándose si efectivamente se estaba pareciendo cada vez más a su madre. Parte de ella deseaba regresar a su dormitorio y enfrentarse a cuestiones triviales como sus problemas financieros y las reparaciones de la casa, pero otra parte estaba deseando que aquel hombre la tocara.

Aquello no tenía sentido. No era práctico. Solo era excitante, impulsivo,

salvaje.

Al pensarlo se dijo que definitivamente se estaba convirtiendo en su madre.

Una suave pieza de jazz llenó el salón. Alex la miró y ella pensó que estaba muy atractivo. La tomó entre sus brazos y comenzaron a bailar. Rebecca se sentía como envuelta por un sueño sensual. Pasó los brazos alrededor de su cuello y notó que la pasión que estaba intentando controlar podía desatarse en cualquier instante, así que decidió entablar una conversación para impedirlo.

—No me has contado nada sobre ti en toda la noche, aunque yo te he contado muchas cosas sobre mi vida.

—¿De verdad?

—Sí. Has dicho que vives en muchos sitios y que tus abuelos están en Nueva York. ¿Qué hay de tus padres? ¿Dónde viven?

Alex se encogió de hombros.

—Se podría decir que en todas partes un poco. Se divorciaron cuando yo tenía cinco años. Ahora mismo, mamá está en Monte Carlo con su tercer marido y mi padre está jugando al golf en la isla de Amelia.

—¿En Florida?

—Sí, está cerca de Jacksonville. Precisamente por él supe de tu casa. Mis abuelos le dijeron que estaba buscando una vieja mansión y él me envió un mensaje de correo electrónico para advertirme cuando pusiste tu casa a la venta.

—Una vieja mansión... Una mansión como la de tus abuelos.

—Sí.

—¿Es que has decidido dejar tu vida anterior y sentar la cabeza aquí, en Junction Gap?

—Es posible, quién sabe.

—¿Y qué piensas hacer exactamente con mi casa?

—¿Con tu casa? De repente te estás poniendo muy protectora.

Ella no dijo nada. Se limitó a mirarlo, así que él continuó hablando.

—Como te dije, puede que me quede aquí de forma permanente.

—Comprendo.

—¿Ya ha terminado el interrogatorio?

—Por el momento, sí —respondió ella.

Rebecca contempló su cuello y deseó besarlo. Entonces él acarició una de sus mejillas con un dedo.

—Eres exquisita.

La mujer quiso negar con la cabeza y decir algo pero la sinceridad y el

deseo de la mirada de Alex se lo impidió.

Antes de que pudiera analizar con más detenimiento sus palabras, él se inclinó sobre ella y la besó. Rebecca entreabrió los labios, invitándolo a seguir, y las manos de Alex se introdujeron por debajo de su jersey. Deseaba que la tocara y se apretó contra él, sintiendo los senos más pesados que de costumbre. Quería estar desnuda. Lo deseaba por encima de cualquier otra cosa.

Pensó en invitarlo a su cama y entonces recordó que tenía una enorme gotera.

—Te deseo —dijo él.

Alex acarició su cabello y siguió besándola. Después, le desabrochó el sostén y comenzó a jugar con sus pezones. Rebecca se estremeció, sin aliento, y todas sus preocupaciones desaparecieron al instante. La dominaba un intenso deseo que debía satisfacer.

El hombre le quitó el jersey y el sostén. Al sentir el aire frío, los pezones de Rebecca se endurecieron aún más. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que él los lamiera. Todo le daba vueltas. Tuvo que aferrarse a sus hombros para poder soportar el intenso placer, y estaba tan excitada que de repente puso las manos en su camisa y la abrió de golpe, rompiéndole todos los botones.

—Pero qué...

Alex miró su camisa, la miró a ella y sonrió. Después, la llevó hacia el sofá y se tumbaron juntos.

Un segundo después, el gato apareció y saltó al pecho desnudo de Alex, que naturalmente lo apartó.

—Empiezo a odiar a ese gato —dijo él.

Moose maulló.

—Oh, he olvidado darle de comer... Será mejor que me ocupe de él.

Alex sonrió.

—Está bien...

Rebecca lo miró y pensó que estaba muy guapo allí, en el sofá, con la camisa abierta, el pelo revuelto y la cara manchada por su pintalabios. Pero intentó recordarse a sí misma que no debía enamorarse de un hombre como aquel. Había aprendido mucho con su madre y no quería que le rompieran el corazón del mismo modo.

Se puso un jersey y de forma inconsciente pulsó el interruptor de la luz. No esperaba que se encendiera, pero para su sorpresa, lo hizo.

—¿Por qué hay luz? Dijiste que se había estropeado.

—Bueno, tal vez ha vuelto sola...

Rebecca se cruzó de brazos y lo miró con abierta desconfianza.

—Será mejor que inventes otra historia.

Alex se levantó y se pasó una mano por el pelo.

—Está bien, te diré la verdad. Cuando bajé, vi que habían saltado un par de interruptores, probablemente por ese rayo que cayó cerca de la casa. Pero teníamos velas y la luz de la luna y pensé que...

—Que podías mentir y seducirme —lo interrumpió.

—Debes admitir que ha sido un buen intento.

Rebecca se enfadó mucho, pero sobre todo porque era la excusa perfecta para dominar el deseo que sentía por él y para intentar convencerse de que aquella no era una buena idea. No se parecían nada. Él era imaginativo, y ella, práctica. Él se quedaba y ella se marchaba.

Alex se acercó y puso las manos sobre los hombros de la mujer.

—Lo siento, en serio. Solo pretendía dar un poco más de ambiente. Pensé que podría ser divertido.

Ella se apartó.

—¿Necesitas efectos especiales para acostarte con alguien?

—En general, no.

—Sí, claro, estoy segura de que hay docenas de mujeres con las que no tendrías que tomarte tantas molestias.

—Puede ser, pero te deseo a ti.

Rebecca no sabía qué hacer. Necesitaba tiempo para pensar, tiempo para concentrarse. Y no podía hacer ni lo uno ni lo otro si Alex estaba delante, mirándola de esa forma.

—Esto no tiene sentido —afirmó—. Nosotros no tenemos sentido.

—La lógica no tiene nada que ver con nuestra relación —observó él.

—Pero yo quiero que tenga que ver. ¿Puedes apagar las velas? Me voy a la cama —declaró, mientras le daba la espalda.

—¿Sola?

Rebecca no se volvió. No quería mirarlo de nuevo, por miedo a que su determinación flaqueara. Además, Alex se iba a marchar a su apartamento en dos días y era probable que no volviera a verlo hasta que cerraran definitivamente el trato. Con un poco de suerte, podría mantener el control de su vida.

—Sola —respondió.

Y acto seguido, salió del salón.

Capítulo 6

El lunes por la mañana, Alex se levantó y se dirigió al cuarto de baño para ducharse. Entró en la bañera, se enjabonó y justo cuando iba a aclararse descubrió que ya no había agua.

—No es posible... ¿qué diablos ha pasado?

Se quitó el jabón de la cara, como pudo, y volvió a girar los grifos. Pero no salía nada.

Maldijo su suerte y salió de la bañera con los ojos cerrados, para que no se le llenaran de champú. Buscó una toalla con las manos, pero no encontraba ninguna. Por fin, alcanzó una cerca del lavabo y procedió a intentar secarse el jabón. Sin embargo, no lo consiguió. Cuando se miró en el espejo, tenía los ojos completamente enrojecidos y un aspecto muy poco digno. Necesitaba agua, como fuera, pero los grifos del lavabo tampoco funcionaban.

Se puso la toalla alrededor de la cintura y pensó en Rebecca. Comprendía su falta de entusiasmo por él. No solo la había mentado con el asunto de la luz, sino que tampoco había realizado un buen ejercicio de seducción. No le había mostrado lo especial que era, ni le había confesado de qué modo le afectaba su presencia. Se había dejado dominar por el deseo y por su propia necesidad y había perdido el control varias veces.

Se pasó una mano por el pelo, desesperado, y decidió salir a ver qué pasaba. Bajó al sótano, caminó la llave principal del agua y descubrió lo que ya había imaginado: que alguien la había cerrado.

—Esa bruja...

De inmediato pensó que todo había sido una pequeña venganza de Rebecca por lo sucedido la noche anterior, así que subió a su dormitorio y llamó a la puerta.

—Despierta, bella durmiente...

Un segundo después, abrió y se asomó al interior.

—Si me querías desnudo y lleno de jabón, solo tenías que habérmelo dicho...

Ella lo miró, sorprendida, y se cerró rápidamente la bata que llevaba puesta.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¿Sabes que estás preciosa por las mañanas? Me encantan tus zapatillas...

Rebecca llevaba unas zapatillas de color naranja intenso, con caras de gato.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación, medio desnudo?

—Me estaba duchando.

—¿Y has perdido la ropa?

—El agua se cortó. Pero ya lo sabes.

—¿En serio?

—Vamos, Rebecca, sé te has vengado por lo de anoche. Y confieso que cortar el agua ha sido una idea original. No sabía que fueras tan... imaginativa.

—¿Me estás acusando de haber entrado en tu cuarto de baño y de haber cortado el agua sin que te dieras cuenta?

—No. Te estoy acusando de haber cerrado la llave principal de la casa.

—¿Qué? Yo no he hecho tal cosa.

—Ya.

—Alex, la llave principal está en el sótano.

—¿Y qué?

—Que yo nunca bajo al sótano.

Alex recordó que era cierto y se alarmó.

—Entonces... alguien ha cortado el agua. Acabo de bajar para comprobarlo y he vuelto a abrir la llave.

—Tal vez se cerrara sola. Puede que sea automática y que saltara anoche con la tormenta.

—No, no es automática.

—En ese caso, alguien ha estado en la casa —dijo ella, asustada.

—Quédate aquí y cierra la puerta. Voy a comprobar las habitaciones.

—No, sin mí no...

—He dicho que te quedas aquí.

—Alex, está es mi casa. Al menos durante dos semanas más —dijo, mientras recogía un bate de béisbol para usarlo como arma.

Alex pensó que discutir con ella sería inútil, así que no lo intentó. Comprobaron todas las habitaciones y tras asegurarse de que no había nadie en la casa, bajaron al piso inferior. Entonces oyeron al gato.

—¿Moose?

—Estaba en mi habitación antes. Pero que has oído no es el gato, sino el reloj de la cocina.

Rebecca tenía razón. Se escucharon seis maullidos más, hasta que finalmente la casa quedó en silencio.

El sol de la mañana entraba por las ventanas de la parte delantera de la casa e iluminaba el entarimado del vestíbulo. Alex lo había limpiado el día anterior para ganarse la estima de Rebecca, al igual que había hecho con la alfombra del salón. Todo tenía un aspecto normal, pero Rebecca pensó que la normalidad, en aquella casa, era síntoma de que algo andaba mal.

Avanzaron por el corredor, comprobando que no había nadie en ninguna de las habitaciones y finalmente llegaron a la puerta del sótano.

—¿De verdad tenemos que bajar? —preguntó ella.

—Es el único sitio que no hemos comprobado.

—Además del ático.

—Ya subiremos después. Déjame el bate.

Rebecca le dio el bate y Alex abrió. La vieja puerta crujió y a Alex le pareció extraño que hasta entonces no hubiera notado el crujido. De repente, y a pesar de que había estado allí mismo unos minutos antes, su corazón comenzó a latir más deprisa.

—Al menos no estamos en mitad de una tormenta eléctrica —bromeó ella.

—Muy graciosa.

—Bueno, ¿vamos o no?

—Por supuesto. Pero, ¿por qué no subes y llamas a la policía?

—No creo que sea necesario.

Rebecca quiso aferrarse a su cintura, pero entonces notó la toalla.

—Yo que tú no lo haría. No pude quitarme el jabón y estoy pegajoso. Dime una cosa, ¿hay fantasmas en la casa?

—No, no hay fantasmas.

—Excelente. Entonces, sigamos...

Antes de que pudieran moverse, algo paso a toda velocidad entre sus piernas. Era Moose.

—Oh, Moose... No sirves para nada. Ni siquiera pudiste ayudarme aquella vez con esa rata.

—¿Qué rata?

—La que vi en el sótano hace seis meses.

—¿Era muy grande?

—Más que el gato.

Alex aferró el bate con más fuerza y avanzó, pero el lugar estaba completamente vacío y decidieron comprobar el ático. Sin embargo, también estaba vacío.

—Parece que estamos solos —dijo Alex.

—Supongo que sí.

Alex avanzó hacia un gran armario con intención de abrirlo, pero Rebecca lo tomó de un brazo para impedirselo.

—Ahí no hay nada.

Por desgracia para ella, Alex lo abrió de todos modos.

—¿Eso es lo que pienso que es? —preguntó.

—Sí —respondió ella, suspirando.

—¿Has posado desnuda para un retrato?

—No soy yo. Es mi madre.

Alex sacó el cuadro y observó a la mujer de generosos labios, pelo castaño oscuro y ojos tan azules y penetrantes como los de su hija. Después, contempló un buen rato su precioso cuerpo: su blanca y suave piel, la forma de sus senos, la seductora curva de sus caderas, el oscuro triángulo entre sus piernas y la laca roja en las uñas de sus pies.

—Guau...

—¿Sabes lo humillante que es que todos los hombres reaccionen como tú?

—¿Por qué? —preguntó, confundido.

—Porque es mi madre.

—¿Y qué? ¿Eso le impedía ser atractiva?

—No, pero tampoco tenía que hacer ostentación.

—Oh, vamos. Tú también eres muy atractiva y eso no significa que hagas ostentación de ello.

—No claro, pero no soy como ella.

Alex comenzó a saber lo que ocurría. Por alguna razón, Rebecca no era consciente de su inmenso atractivo. Volvió a dejar el cuadro en el armario, se volvió hacia ella y la tomó por los hombros.

—Rebecca, tu sexualidad y tu belleza no son menos evidentes que las de tu madre. Pero ya que ha salido el tema, te diré que te prefiero a ti. Eres preciosa, inteligente, excitante, y estoy loco por ti.

—Pero...

Rebecca no supo qué decir.

—Me gustaría hacerte una pregunta. ¿Tu madre se parecía mucho físicamente a ti? La otra noche estaba oscuro y no pude fijarme bien en...

—¡Alex! —protestó ella—. Puede que haya un ladrón en la casa y tú solo piensas en sexo.

—Soy un ser humano, es normal.

—Pues intenta actuar de otro modo.

Bajaron a la cocina y Rebecca puso la comida al gato mientras él servía un par de tazas de café.

—¿No se ha podido cerrar sola? —preguntó ella.

—No, de ninguna manera. Ya has visto como es la llave.

—Entonces debería llamar a Dwayne —dijo, con un suspiro.

—¿Dwayne?

—Es el sheriff.

—Por tu tono de voz, parece que la idea de llamarle no te apetece demasiado.

—Digamos que vivir en una localidad sin ningún tipo de delincuencia tiene sus desventajas.

—¿A qué te refieres?

—A que Dwayne se pasa la mayor parte del tiempo coqueteando con las mujeres y limpiando su coche.

—¿Por ese orden?

—Desafortunadamente, sí.

—¿Y qué hay de la seguridad de la gente?

—Aquí nunca pasa nada, aunque alguna vez ha ayudado a alguna damisela en apuros.

—Comprendo.

A Alex no le gustó nada la idea de que Rebecca viviera sola en una casa tan grande sin contar siquiera con la protección de un servicio de policía digno.

—Creo que ya puedes vestirte. Algo me dice que el peligro ha pasado —dijo ella—. ¿No tienes frío?

—No.

Rebecca contempló los anchos hombros de Alex y su pecho desnudo y se dijo que no necesitaba un café, sino un buen vaso de agua fría.

Frunció el ceño y pensó que su reacción era precisamente lo que él pretendía. Intentó convencerse de que le había dicho todas cosas bonitas solo porque quería seducirla y se dijo que lo suyo no tenía ningún futuro.

—Tenía intención de marcharme hoy a mi apartamento —dijo él—, pero será mejor que me quede.

—¿Aquí? —preguntó con incredulidad.

—Por supuesto que sí. No debes estar sola, al menos hasta que la policía averigüe lo que ha sucedido.

—No.

Rebecca protestó que sabía que Dwayne podría tardar años en descubrir

algo sobre cualquier cosa, y no quería pasar ni un minuto más en compañía de un hombre tan tentador. Además, tenía que arreglar las goteras del techo y las tuberías.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. No. Te invité a pasar aquí el fin de semana para que no durmieras en el coche. Pero el fin de semana ha terminado esta mañana.

—¿Me estás pidiendo que me marche?

—Exactamente.

Alex la observó en silencio durante unos segundos y por fin sonrió.

—¿Existe alguna razón para que estés tan ansiosa por librarte de mí?

—La ansiedad no tiene nada que ver. Simplemente ha llegado el momento de que te vayas.

—No me engañas, Rebecca. Tus pupilas están dilatadas, respiras con más dificultad de la normal y si agarraras con más fuerza esa taza de café, se rompería.

—Ha sido una mañana muy estresante —intentó justificarse, indignada.

—Exacto. Y precisamente por eso no deberías quedarte sola en esta casa.

—Puedo cuidar de mí misma. Además, ¿es necesario que mantengamos esta conversación cuando estás medio desnudo?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Me distrae y...

Rebecca no terminó la frase.

—¿Es que te gusta lo que ves? —preguntó él.

La mujer tuvo la impresión de que el aire de la habitación había desaparecido de repente. El olor fresco del jabón y su aroma masculino eran demasiado evidentes, y por si fuera poco la toalla se habría entreabierto y podía contemplar uno de sus muslos. Irradiaba energía y deseaba averiguar qué se sentía estando a su lado algo más que unos minutos. Le pasaron todo tipo de ideas alocadas por la cabeza, pero al final insistió en su negativa.

—Alex, no podemos mantener una conversación con todo... esto entre nosotros.

—Pues a mi me gusta todo esto. Me encanta —espetó él.

A Rebecca también le gustaba, pero no quería aceptarlo.

—Debes marcharte, Alex. Te lo ruego.

Los ojos de Alex se oscurecieron como si su insistencia lo hubiera ofendido. Se alejó de ella, abrió la puerta y dijo: —Nos veremos pronto.

Alex salió al pasillo, silbando, y subió por las escaleras.

Moose saltó a la mesa. Tenía un extraño gesto de satisfacción, que no parecía justificarse únicamente por la comida que acababa de tomar.

Rebecca esperaba sentirse más aliviada ahora que sabía que Alex se iba a marchar, pero no fue así. Y cuando el gato comenzó a ronronear, se limitó a decirle: —Cállate.

—Necesito que compruebes el trabajo antes de marcharme.

Rebecca miró al especialista en tejados que le había recomendado Jake.

—Confío en ti. Jake dice que eres bueno. ¿Cuánto te debo?

—Debo insistir. Quiero que veas el trabajo antes de marcharme.

La idea de tener que comprobarlo personalmente le pareció ridícula, sobre todo porque tenía muchas cosas que hacer. Después de arreglar las tuberías del triturador de basuras y del lavavajillas, el fontanero había dejado un montón de trastos en la pila. Además, el sheriff iba a llegar en cualquier instante y por culpa de la visita de Alex no había podido empaquetar nada durante el fin de semana.

—¿Y cómo voy a examinar algo que has hecho en el tejado? Porque no pretenderás que suba en esa escalera automática, ¿verdad?

—Sí.

—Oh, está bien. Supongo que es segura —se dijo, para intentar convencerse—. A fin de cuentas tú has estado subido ahí toda la tarde.

—No te preocupes. Es mucho más segura que cualquier escalera normal.

Rebecca suspiró, resignada. Solo sabía que no quería pasar otra noche como la del sábado, despertando cada dos horas para vaciar los cubos llenos de agua. Así que siguió al hombre y se encontró ante el enorme brazo metálico de la grúa que estaba aparcada en el jardín.

—Ven por aquí.

—Ahora que lo pienso, no creo que sea necesario que...

El especialista insistió. Subió a la carlinga del vehículo, para manejar el aparato, y bajó la cesta del brazo automático hasta el nivel del suelo.

—No creo que sea buena idea —dijo ella, asustada.

—Es seguro, descuida. Pero date prisa. La tormenta podría regresar y tengo otros trabajos que hacer.

Rebecca hizo un esfuerzo descomunal y consiguió subir a la cesta. Después, el brazo mecánico comenzó a subirla lentamente y ella se aferro a la barandilla, aterrada. No se atrevía a mirar hacia abajo. Cuando por fin se

detuvo en lo más alto del tejado, cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué te parece? —gritó el hombre desde abajo.

Rebecca hizo un gesto de apreciación con la cabeza, como si le pareciera un trabajo excelente. Pero seguía sin abrir los ojos.

—Es un trabajo magnífico. Ya no se ve ningún agujero —gritó.

—Gracias, procuro trabajar bien.

—Pues lo haces.

—Ahora te bajaré...

—De acuerdo.

Rebecca hizo un esfuerzo por sonreír e intentó imaginar que estaba en un avión y que se encontraba a punto de aterrizar. Al parecer, la idea funcionó. Pero curiosamente, la imagen del aterrizaje le recordó a Alex. Pensó que tal vez funcionara el truco con él y recordó como lo había visto por la mañana, sin más prenda que una toalla anudada a la cintura.

—Ya estás abajo...

La mujer abrió los ojos y miró al hombre.

—Sí, claro...

Apenas había dado unos pasos cuando se encontró cara a cara con Dwayne.

—Señorita Parsons...

—Dwayne, nos conocemos desde el jardín de infancia. Creo que podrías llamarme simplemente Rebecca.

Dwayne frunció el ceño.

—Estoy trabajando y es un trabajo serio. Tengo entendido que has tenido un problema esta mañana...

—Tal vez. Ha sido una mañana muy interesante.

—Intentaré llegar al fondo del asunto.

Rebecca tuvo la sensación de que el sheriff no sería capaz de llegar al fondo de ningún asunto, pero asintió y los llevó a él y al especialista en tejados a la cocina.

Una vez allí, dio un cheque al amigo de Jake, y cuando se marchó, el sheriff se sirvió un café.

—Sírvete tú mismo —dijo ella, con ironía.

—Necesito algo fuerte. En mi trabajo siempre estamos al borde de la muerte. Es un empleo que exige de reflejos felinos.

—Comprendo.

En aquel momento, Moose saltó sobre la mesa, como tenía por costumbre. El sheriff se asustó, se golpeó contra el borde y derramó un poco de café.

Rebecca tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no reír.

—Bueno, veamos —dijo él, enojado—, ¿qué ha pasado esta mañana?

—Alguien cerró la llave del agua en el sótano.

—¿Alguien?

—Sí. Y las válvulas de agua no se cierran solas.

.Bueno, una vez me contaron un caso que...

—Dwayne, por favor... atengámonos a este caso en concreto.

—Está bien. Pero, ¿quién es el yanqui que ha estado viviendo aquí?

—No ha estado viviendo aquí. Se llama Alexandre Carlisle y es un corredor de bolsa que va a comprar la casa. Llegó a la ciudad el viernes por la noche y como no pudo encontrar alojamiento, le ofrecí que se quedara aquí. Además es un hombre cortés, inteligente, amistoso y...

—Y la única persona que estaba contigo en la casa.

—Alex no cerró esa llave. Estaba en la ducha.

—¿En la ducha?

—Sí. El agua se cortó y vino para avisarme a mi dormitorio. Resultaba evidente que había tenido que salir del cuarto de baño a toda prisa.

—¿Fue a tu dormitorio? —preguntó horrorizado.

—Solo fue a avisarme. Además, llevaba una toalla.

Dwayne lo apuntó en una libreta.

—Necesito su nombre y una descripción.

—¿No vas a echar un vistazo al sótano?

—¿Al sótano?

—Claro. Allí está la llave del agua.

—Ah, por supuesto. Es la escena del crimen, por así decir.

Mientras bajaban por las destartadas escaleras que conducían al sótano, Rebecca lamentó haber hecho el comentario. No se sentía segura con el sheriff aunque llevara una pistola.

Cuando llegaron abajo, el sheriff echó un vistazo a su alrededor.

—¿No vas a tomar huellas dactilares, o algo por el estilo?

—Has estado viendo demasiada televisión últimamente.

Rebecca lo miró con escepticismo. El sheriff se alejó hacia la puerta que daba al jardín trasero y al cabo de unos segundos, dijo: —Creo que he encontrado algo.

—¿Qué es?

—Parece una huella.

—¿No podrías sacar un molde?

—No estoy seguro. El tipo de la compañía de cementos solía hacerlo, pero murió hace dos años. Además creo que eso solo funciona con suelos blandos.

—Pero al menos podrás decir si es una huella de hombre o de mujer...

—Tranquila, todo está bajo control.

—Sí, seguro.

—Parece la huella de una bota. Acércate y pon un pie dentro.

Rebecca lo hizo.

—Bien —continuó el sheriff—, esto demuestra que la huella no es tuya. Parece de un hombre, aproximadamente de mi tamaño. Tengo una cámara en el coche patrulla. Podría hacer una fotografía.

—Buena idea, sheriff.

Rebecca no quería quedarse sola en el sótano, así que lo siguió y lo acompañó hasta que finalmente hizo la fotografía. Minutos mas tarde entraron en la cocina.

—Bueno, ya está hecho —dijo él—. Tengo bastante trabajo, pero intentaré que revelen la fotografía la semana que viene.

—¿La semana que viene? ¿Y no podrías hacerlo antes?

—Podría, pero tendría que gastar dinero de los contribuyentes y creo que sería malgastarlo.

—¿Malgastarlo?

Rebecca no podía creerlo. Estaba sola en una casa tan grande como esa y el sheriff no quería revelar el carrete por ahorrarse un par de dólares esperando una semana. Estuvo a punto de tirarle el café.

—De todas formas ya tenemos un sospechoso.

—¿Quién?

—Ese tipo.

—¿Qué tipo?

—El hombre con el que estás viviendo.

—No estoy viviendo con él. Solo estaba aquí y... bueno, da igual. Ya te lo he explicado. Alex no cerró esa llave.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Desde hace tres días.

—Tendré que interrogarlo.

—Bien.

—¿Sabes dónde está?

Rebecca negó con la cabeza. No lo sabía, pero en cualquier caso no se lo habría dicho. No quería exponerlo a un interrogatorio del sheriff.

—Se marchó esta mañana. Va a alquilar un apartamento para vivir en él hasta que se mude definitivamente a la casa.

Dwayne frunció el ceño.

—Pensaba que estaba viviendo aquí.

—Ya te he dicho que solo estaba pasando el fin de semana.

—Ya veo. ¿Y qué aspecto tiene?

—Algo más de metro ochenta, alrededor de noventa kilos, pelo negro, ojos verdes, hombros anchos...

—No sigas. Creo que podré interrogarlo antes de lo que pensaba.

Rebecca alzó la mirada y vio que Alex acababa de entrar en la casa. Había elegido un momento muy inadecuado para volver.

—Hola. He llamado a la puerta pero no contestaba nadie —dijo.

La mujer lo contempló con deseo. Llevaba los mismos vaqueros y la misma camisa que se había puesto por la mañana. Cuando le sonrió, Rebecca se estremeció de los pies a la cabeza.

—Siéntese, por favor —dijo el sheriff—. Tendrá que contestar algunas preguntas.

Capítulo 7

Alex avanzó intentando hacer caso omiso de la extraña sensación que lo había dominado al ver a Rebecca con otro hombre. Eran celos.

—Supongo que usted es el sheriff.

—En efecto, Dwayne Hubbard. Tengo que hacerle unas cuantas preguntas sobre ese asunto de la llave del agua.

—Dwayne, te recuerdo que la gente es inocente hasta que se demuestra lo contrario —intervino ella—. ¿Quieres un café, Alex?

—Claro, por supuesto. Y dígame, sheriff, ¿ha descubierto algo?

—Estoy investigándolo. Me han comentado que estaba en la ducha cuando ocurrió todo.

—Sí. El agua se cortó de repente y Rebecca y yo descubrimos que alguien había cerrado la llave principal.

—¿Tiene botas de trabajo?

Alex frunció el ceño.

—No. Solo unas botas de montaña.

—¿Puedo verlas?

—Supongo que sí. ¿Pero puedo preguntar por qué?

—Limítese a enseñarme las botas, por favor.

Alex se levantó y Rebecca dijo:

—Te acompañaré.

—No, necesito que te quedes aquí —dijo el sheriff.

—Esto es ridículo, Dwayne. Alex no hizo nada.

—No te preocupes, Rebecca.

Alex se marchó y pensó que el sheriff había llegado a la misma conclusión que él aquella mañana. La diferencia estribaba en que él había pensado que había sido una broma de Rebecca y Dwayne creía que el responsable era él.

Recogió sus botas de la bolsa de viaje, que llevaba en el coche, y se preguntó como reaccionaría Rebecca cuando supiera que su equipaje seguía en el vehículo. El individuo que se había marchado de pesca el fin de semana ya había alquilado su apartamento a otra persona, así que seguía sin alojamiento.

Cuando regresó a la cocina, le dio las botas al sheriff esperando que no tuviera que quedárselas como prueba. Eran unas botas muy caras y por lo que

Rebecca le había contado, el sheriff no era de fiar.

Dwayne frunció el ceño y Rebecca exclamó:

—¿Lo ves? ¡Son demasiado grandes! Encontramos una huella en el sótano, cerca de la puerta que da al jardín trasero. Parece una huella de unas botas de trabajo, pero el sheriff pensó que habías sido tú.

—Lo comprendo —dijo Alex.

—De todas formas no estamos seguros de que la huella sea del intruso —observó Dwayne.

—Sheriff...

—Señorita Parsons, yo soy la ley en este lugar y...

Rebecca comenzó a reír.

—Ahora soy yo quien te digo que has estado viendo demasiadas películas. Te comportas como si fueras John Wayne.

El sheriff la miró con desaprobación y se volvió hacia Alex.

—De todos modos, ¿qué está haciendo aquí? Tenía entendido que iba a alquilar un apartamento.

—Sí, pero el dueño se lo ha alquilado a otra persona.

—Sí, claro —dijo el sheriff con ironía, como si le pareciera la peor excusa que había oído en su vida—. Así que ha regresado para abusar de la hospitalidad de la señorita Parsons.

Alex sonrió.

—Dudo que conozca la profundidad de su hospitalidad.

Rebecca se ruborizó. Era obvio que al sheriff no le gustaba que Alex permaneciera en su casa.

—¿Le parece bien que se quede aquí, señorita Parsons?

—Dwayne, lo que yo piense en ese sentido no es asunto tuyo. Y ahora, si no te importa, estoy segura de que tendrás cosas más importantes que hacer que meterte en mi vida. Si averiguas algo sobre el caso, te ruego que me informes.

Dwayne recogió su cámara y caminó hacia la salida.

—Por supuesto. Le diré a uno de mis ayudantes que vigile la zona, por si acaso. Si surge algún otro problema, dígamelo.

Rebecca lo acompañó a la salida y lo despidió.

Alex aprovechó el momento para tomar un poco de café. Suponía que si Rebecca hubiera querido echarlo habría aprovechado la presencia del sheriff en la casa, pero no estaba seguro. Cuando regresó, preguntó con una sonrisa:

—¿No tienes la impresión de que el destino se empeña en juntarnos?

—¿Es verdad que no has conseguido alquilar el apartamento?

—Sí. Al parecer, uno de tus vecinos tuvo que marcharse de su casa el viernes pasado porque lo echó su mujer. Y el dueño de los apartamentos se lo alquiló antes de marcharse de pesca. ¿Sigue disponible mi habitación?

—Sí, pero...

—Desde luego, te pagaré...

—¿Pero vas a quedarte hasta que me marche?

—Es lo más lógico, ¿no te parece? Sobre todo cuando no sabemos si realmente entró alguien en la casa.

—Supongo que sí, pero...

—Magnífico.

Alex se acercó a ella, la abrazó de repente y preguntó:

—¿Qué te parece si sellamos el trato con un beso?

—Espera un momento. Acabo de recordar todas mis razones para estar en contra de esto.

—¿Tus razones?

—Sí. Las razones que me han convencido de que esto es una mala idea. Tú eres impulsivo y yo no. Tú eres llamativo y yo soy práctico. Tu te quedas y yo me marcho.

—No necesitamos lógica alguna, cariño. Ya tenemos la química.

—Alex, puedes quedarte. Pero sin tocarme.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Nada de abrazos ni de besos ni de caricias. Y nada de hacer manitas.

—¿Estás hablando en serio?

—Es mi última palabra. O lo tomas o lo dejas.

Alex pensó que la situación se había complicado de forma sorprendente. No sabía cómo podría seducirla si no podía tocarla. Además, Rebecca lo desconcertaba. Era perfectamente consciente de que se sentía muy atraída por él, y sin embargo, ahora estaba empeñada en que no la tocara.

Se apartó y se dijo que era una mujer conservadora, llena de prejuicios, probablemente como reacción a la desenfadada vida que había llevado su madre. Con toda seguridad no había tenido muchas relaciones y realmente creía que mantener una relación breve con alguien implicaba de forma necesaria que alguien resultaría herido. Pero también consideró la posibilidad de que algún hombre le hubiera hecho daño en el pasado.

En cualquier caso, la idea de no poder volver a tocarla se le hacía insoportable. Debía encontrar la forma de derribar aquel muro, pero hasta

entonces no tenía más remedio que aceptar sus normas.

Caminó hacia ella y frunció el ceño. Deseaba tocarla. Deseaba abrazarla. Deseaba besarla. Pero no podía.

Quiso estrechar su mano. Sin embargo, también había dicho que eso estaba excluido, así que se limitó a decir:

—Está bien. Trato hecho.

Rebecca dejó que el agua de la ducha cayera sobre su cara. Era una sensación muy agradable y solo lamentó que sus problemas no se pudieran desaparecer de modo tan sencillo como el cansancio del día.

Alexandre Carlisle estaba otra vez viviendo con ella, y por mucho que hubiera insistido en que no la tocara, sabía que había cometido un grave error. Cada vez que daba una vuelta por la casa, se encontraba con él. Le habría gustado ser de la clase de personas que eran capaces de pasar de una relación a otra con relativa facilidad, sin tantos prejuicios, pero desafortunadamente no creía serlo.

Su problema era que los hombres nunca le habían hecho demasiado caso en cuestiones amorosas. De adolescente, recurrían a ella si querían que los ayudara con los estudios. Y años más tarde, requerían sus servicios por cuestiones legales. Pero cuando deseaban una cita, la buscaban en otra parte.

Al final, Rebecca se había acostumbrado a la situación e intentaba resignarse con que al menos se había ganado el respeto profesional, respeto que esperaba aumentar con su nuevo empleo en Nueva York. Además, ella no era simplemente un objeto de deseo. No quería serlo, ni siquiera en lo relativo a Alex Carlisle.

Se lavó el cabello con champú y sonrió. No podía negar que se había estremecido al escuchar los cumplidos que le había dedicado su compañero de casa temporal. Hasta había llegado a afirmar que la prefería a ella antes que a su madre. Y Rebecca lo creía. Desde el momento en que había llamado a su puerta, no le había quitado ojo de encima. Podía estar con tantas mujeres como deseara y sin embargo se había fijado en ella.

—Me desea —dijo en voz alta.

Salió de la ducha y se secó. Después se miró en el espejo y dijo:

—Necesitas dinero y estás cansada de tener que luchar por mantener esta casa. No quieres amigos excéntricos y vecinos con los que no tienes nada que ver. Estás harta de que te consideren un pálida imitación de tu madre.

A pesar de todo, mientras se vestía pensó que la idea de vender la mansión y alejarse de sus amigos y vecinos tal vez no fuera tan buena. Comenzó a caminar de un lado a otro y finalmente se acercó a una de las ventanas de la suite, que daba al jardín delantero. En un apartamento de Nueva York no tendría una vista tan hermosa como aquella. Se preguntó si echaría de menos los viejos suelos de madera, la enorme escalera y a sus extraños vecinos.

De repente estaba muy angustiada, de modo que salió de su estancia y bajó al primer piso. Poco antes, había empezado a limpiar las porcelanas que pensaba llevarse. No quería empaquetarlas tal y como estaban, llenas de polvo.

Al llegar a la entrada de la cocina, se detuvo. Alex estaba hablando por teléfono.

—Lo sé, Alicia —decía en aquel instante—, pero quiero firmar ese trato.

Rebecca frunció el ceño. No tenía intención de escuchar la conversación, pero ya no podía evitarlo.

—¿No puedo permitírmelo? —continuó él, entre risas—. Bueno, supongo que sobreviviré a la bancarrota, ¿no te parece?

Al oír la palabra «bancarrota» se estremeció. Alex tenía mucho dinero y no podía creer que estuviera en una situación semejante. Solo había que echar un vistazo a sus caros trajes, a sus casas y a su vehículo. Sin embargo se dijo que había mucha gente que mantenía cosas tan caras como aquellas y estaba empeñada hasta las cejas.

En aquel momento, se preguntó si conocía realmente a Alex Carlisle.

Sabía que era todo un seductor, un gran negociador y un encanto. Podía convencer a cualquiera de cualquier cosa, como bien sabía. A ella la había seducido desde el principio sin más esfuerzo que su sonrisa.

Pensó en el incidente de la luz y en el del agua y se dijo que tal vez él había cerrado la llave principal de la casa. Al fin y al cabo, los sucesos extraños habían empezado a suceder tras su llegada. Pero no sabía qué podía ganar con todo aquello.

—Puedes apostar si quieres —dijo Alex, antes de reír de nuevo—. De acuerdo, hasta luego...

Alex cortó la comunicación y Rebecca se dijo que era el momento oportuno para entrar. Pero cuando entró en la cocina, se detuvo. Su hombre deseado estaba sentado a la mesa, con su ordenador portátil y desnudo de cintura para arriba.

Al verla, sonrió.

—¿Qué tal la ducha?

—¿Dónde está tu ropa?

—Oh... me he quitado la camisa porque hace calor.

—¿Calor? Pues baja la calefacción.

—No, no importa. No quiero que tú o el gato os resfriéis. Más tarde revisaré las cerraduras de la casa, si te parece bien.

—Claro, como quieras.

Rebecca intentó rehacerse y dejar de pensar en sus músculos y en su pecho. Cuando terminó de sacar la porcelana del lavavajillas, lo llevó todo al salón y lo dejó sobre la mesa. Después, se sentó en el suelo para empezar a guardarlo todo en cajas.

Llevaba unos segundos allí cuando de repente vio insectos muy pequeños en el entarimado. Y de repente recordó que durante la revisión que habían hecho en la casa, antes de ponerla a la venta, le habían dado un folleto en el que aparecían varios tipos de insectos para que los inquilinos de las casas pudieran distinguirlos en caso de tener algún problema.

Indudablemente, eran termitas.

Asustada, gritó.

Alex apareció inmediatamente y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Yo...

No podía creer que tuviera tan mala suerte. Termitas. Si Alex lo descubría, no querría comprar la casa y por otra parte tampoco conseguiría vendérsela a ninguna otra persona. Era un asunto tan grave que parecía una pesadilla.

—¿Qué sucede, Rebecca?

—Nada, una tontería. Una de las piezas de porcelana tiene una brecha.

—¿Una brecha?

—Sí —mintió.

—¿Has gritado por eso?

—Es tonto, lo sé, pero es que me pongo un poco neurótica con estas cosas. Son piezas de mi abuela.

Alex arqueó una ceja, nada convencido por la explicación.

—¿Te he interrumpido? —preguntó ella—. Intentaré seguir sin hacer ruido.

—Bueno, si estás segura de encontrarte bien...

—Sí, sí, sigue con lo que estabas haciendo.

Cuando Alex se marchó, Rebecca se apoyó en la mesa, agotada. No podía creerlo. Termitas. Pensó en sacar el insecticida, matar todas las que pudiera y

limpiarlo todo sin que él se diera cuenta, pero cabía la posibilidad de él apareciera en cualquier momento, de modo que se limitó a comprobar si la madera tenía algún daño. Por suerte no vio nada y se dijo que sería mejor que llamara inmediatamente a un especialista en desinsectación.

Sin embargo, no sabía cómo podía limpiar la casa de termitas sin que Alex se diera cuenta. Solo tenía una opción. Si Alex acababa de alquilar una oficina, era lógico pensar que en algún momento tuviera intención de ir a trabajar en ella. Tendría que organizar archivos, comprar el equipo necesario, etcétera. Y si conseguía algunos clientes nuevos, estaría muy ocupado.

Tuvo una idea y se dijo que ahora tendría que realizar dos llamadas telefónicas, no una.

Subió a su habitación, llamó al especialista en desinsectación y le dejó un mensaje en el contestador para que se pusiera en contacto con ella al día siguiente, después de las nueve de la mañana.

Acto seguido, llamó a Nettie y a Francine, las dos ancianas que vivían juntas al final de la calle. Nettie Sims era aún mejor que Alex a la hora de engañar. Era capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa y lograr que la víctima creyera que encima le estaba haciendo un favor. Además, podría averiguar si Alex tenía realmente problemas económicos.

—Hola, Rebecca, ¿qué tal estás? —preguntó Nettie, cuando respondió.

—Bien, gracias.

—Tengo entendido que has encontrado un comprador para la casa. Un corredor de bolsa, al parecer, y muy atractivo...

—Sí, es cierto, se llama Alex Carlisle. Te gustará.

—¿Y a ti te gusta? Porque esa es la pregunta importante. No deberías permitir que un hombre así se te escape.

—Sí, bueno... ¿Qué tal está Francine hoy?

—Como siempre, pero hoy le ha dado por pensar que tiene leucemia.

Rebecca rio.

—¿Por qué?

—Ayer estuvo leyendo un artículo sobre enfermedades y eligió esa.

—Comprendo. Por cierto, Nettie, Alex va a empezar a trabajar en la ciudad pero todavía no tiene clientes. ¿Sigues interesada en encontrar inversiones para invertir el dinero de tu hermano?

—Bueno, desde que convertimos el club de damas en un club de inversión hemos avanzado bastante...

—No lo dudo. Pero tal vez os viniera bien un consejo profesional.

—Claro, por qué no.

—Solo te ruego una cosa, Nettie. Cuando veas a Alex, no le menciones que he hablado contigo. No quiero que piense que...

—No me digas más, Rebecca. Quieres sacarlo de la casa por alguna razón.

—Sí, es verdad —confesó.

—Descuida entonces. Seré discreta.

—Asegúrate de comprobar sus referencias antes de darle ningún dinero...

—Por supuesto que me aseguraré, querida. En fin, te veré en la fiesta del día veinte. Hasta luego...

Rebecca colgó y se mordió un labio. Había olvidado la fiesta. Sus vecinos querían hacer algo en su honor, ya que estaba a punto de marcharse. Ya estaban a día cinco y se suponía que ella se marchaba el veintidós.

Intentó no pensar en ello y bajó de nuevo para seguir empaquetando cosas. Pero al llegar a la entrada del salón, se detuvo. El gato lo había hecho de nuevo: todo estaba lleno de trozos de plástico de envolver.

—Moose...

Capítulo 8

Alex sonrió desde la butaca de su nueva oficina. Dos ancianas, que próximamente iban a ser sus vecinas, se habían acercado para interesarse por unas inversiones.

—¿De cuánto dinero disponen? —preguntó a las mujeres.

Alta y delgada, la señorita Nettie actuaba como portavoz de las dos mujeres. Llevaba un vestido amarillo y se aferraba a su bolso de piel como si fuera la reserva nacional. Tenía unos encantadores y aparentemente inocentes ojos azules y llevaba pestañas postizas.

—Oh, alrededor de once mil dólares, supongo. ¿No es verdad, Francine?

Francine era más pequeña que Nettie. Llevaba un vestido de color crema y miraba con desconfianza. También tenía un bolso, pero mucho más pequeño.

—Sí, más o menos.

—Mi hermano solo tenía seis mil dólares cuando murió, pero nos ha ido muy bien con las inversiones en empresas informáticas.

—¿En serio? —preguntó Alex, asombrado—. ¿Y quieren que yo me encargue de todas sus inversiones?

—Sí, creo que sí. ¿A ti que te parece, Francine?

—Bien.

—Magnífico —dijo él, encantado.

Entonces, Francine entrecerró los ojos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Alex.

—Sí, por supuesto.

—Será mejor que lo compruebe —intervino Nettie.

Alex no pudo creer lo que vio. Francine metió la mano en su bolso y sacó nada más y nada menos que aparato de medición de la presión sanguínea. Después, y como si fuera lo más natural del mundo, se levantó y se lo puso en el brazo. Minutos más tarde, después de comprobar que su presión arterial era excelente, volvió a guardar el aparato en el bolso y sacó una botellita que dejó sobre el escritorio.

—Le recomiendo que tome esto—dijo entonces—. Su profesión es muy estresante.

Alex miró la etiqueta. Era aceite de hígado de bacalao. Naturalmente no

estaba dispuesto a beberse semejante cosa, pero de todos modos miró a Francine, sonrió y dijo: —Muchas gracias.

Francine se ruborizó.

—Y ahora, volviendo al asunto de las inversiones, aquí tienen mis referencias y mis credenciales. Cuando rellenen el impreso, hablaremos con los responsables del banco para que transfieran el dinero a una cuenta de la compañía de bolsa. Después, deberíamos hablar sobre la forma en la que prefieren que se invierta el dinero. Soy un inversor bastante agresivo, pero no todos mis clientes están de acuerdo con eso.

Mientras Nettie rellenaba el impreso, Alex empezó a escribir algo en su ordenador portátil.

—Si su hermano consiguió tanto dinero, imagino que su estrategia de inversiones era muy buena —continuó—. Estoy pensando que tal vez fuera mejor que siguieran con ella.

Nettie dejó de escribir, levantó la mirada del documento y comenzó a reír.

Alex se quedó asombrado.

—Perdóneme, señor Carlisle. Si hubiera conocido a mi hermano, comprendería mi hilaridad. Verá, mi hermano era el hombre más avaro de la Tierra. Discutía hasta por el precio de un simple clavo. Racionaba el agua, encendía velas para ahorrar electricidad y en general consiguió que todo el mundo lo considerara insoportable. Tenía tanto dinero porque nunca gastó nada.

Alex tosió.

—Comprendo...

Francine se inclinó hacia él y lo miró con intensidad.

—¿Desde cuándo tiene esa tos? —preguntó.

—Desde hace diez segundos.

Francine metió la mano en su bolso y sacó un libro de medicina. Lo abrió por la página dedicada a la tos y dijo:

—Tal vez tenga tosferina.

En realidad a Alex solo le ocurría una cosa: estaba muy nervioso.

—Señorita Francine...

No quería herir los sentimientos de la anciana, pero la tosferina se había erradicado del país décadas antes. Miró a Nettie, como esperando su ayuda, y la mujer suspiró y negó con la cabeza.

—Sea como sea, hace cinco años conseguimos convencer a mi hermano para que metiera el dinero en el banco. Hasta entonces, lo guardaba debajo del

colchón.

—¿En serio?

—Sí, era muy embarazoso. Sobre todo porque soy presidenta del círculo de damas inversoras.

—¿Qué es eso?

—Un grupo de damas de la zona que estudia estrategias para invertir y generar ganancias para la comunidad. Ahora que lo pienso, estaría bien que usted interviniera en nuestra próxima reunión.

—¿Eso cree?

Alex se sintió sinceramente agradecido. Le gustaba que, para variar, alguien confiara en él.

—Por supuesto. Hemos avanzado bastante e incluso compramos un local para hacer una exposición permanente sobre la Segunda Guerra Mundial en la ciudad, pero un experto nos vendría bien. El instituto necesita un nuevo campo de deportes y eso cuesta mucho dinero.

Alex comprendió entonces que Nettie no pretendía únicamente que hablara en su reunión, sino que se comprometiera con ellas.

—Nuestro equipo de fútbol necesita un campo para jugar —continuó ella—y hay que comprar más libros para la biblioteca. Imagine lo que podríamos hacer.

La miró y consideró lo que le estaba proponiendo: un compromiso a largo plazo. Pero ya se había comprometido en la conservación de una mansión histórica, así que supuso que también podría hacer eso.

—Me encantará unirme a ustedes.

Los ojos de Nettie brillaron en señal de triunfo.

—Solo lamento que venga precisamente a la ciudad en el momento en que Rebecca se marcha. Es una joven encantadora, ¿no le parece?

Alex no sabía muy bien qué pretendía Nettie con aquel comentario, pero sí sabía que estaba haciendo algo mal con Rebecca. Llevaba dos días paseando por la casa sin camisa y sin embargo ella no le hacía el menor caso. Hasta le había pedido permiso para utilizar el estudio como gimnasio, solo para tener una excusa para estar en paños menores. Pero no servía de nada.

—Sí, es encantadora.

—Es una pena que se marche. Me temo que siempre nos ha considerado un poco excéntricas.

—Bueno... es algo conservadora.

—Cierto, aunque puede ser divertida. Lamentablemente se ha encerrado en

sí misma desde que murió su madre.

—¿Cómo era ella?

Nettie sonrió.

—Francine, ¿cómo describirías a Angelina?

—No es preciso describirla —respondió—. Basta con recordar aquella fiesta.

—Ah, sí —dijo Nettie—. Francine se refiere a una fiesta de cumpleaños de Rebecca. Invitó a todos sus amigos del instituto y a muchos vecinos. Angelina contrató una orquesta, cocinó durante toda una semana y decoró toda la casa con motivos que eran una especie de mezcla entre el carnaval y el día de San Valentín. Pero en realidad, nadie se fijó en la decoración, sino en ella. Angelina vestía de forma muy provocativa. En cuestión de minutos, todos los chicos se acercaron a ella y las chicas empezaron a pensar en lo qué debían hacer para parecerse a la madre de Rebecca.

—¿Y cómo se lo tomó Rebecca?

—Pobrecilla... Cuando Angelina comprendió lo que sucedía, intentó hacer lo posible para que su hija fuera el centro de atención, pero solo empeoró las cosas. No sé cómo va a encontrar a alguien que le dé el cariño que necesita en Nueva York —declaró, mientras se levantaba—. En fin, será mejor que nos marchemos.

Alex se levantó y Francine le dio un frasquito con pastillas de vitamina C.

—Será mejor que se tome esto antes de ir a ver al médico.

—Muchas gracias. ¿Necesita que la ayude con su bolso?

—Oh, no es necesario.

Alex las acompañó a la puerta y pensó que tal vez su error con Rebecca había consistido en no darle el cariño que necesitaba.

—Adiós, señor Carlisle —se despidió Nettie, con una sonrisa.

—Adiós, señoritas.

Mientras se alejaban, Alex pudo escuchar que Nettie decía:

—Si yo tuviera treinta años menos...

El hombre sonrió y pensó que era una lástima que no obtuviera una reacción similar de Rebecca.

Rebecca se inclinó sobre el especialista en desinsectación y preguntó:

—¿Ve algo?

Tom negó con la cabeza y siguió comprobando el estado del entarimado. Era

un hombre de aspecto profesional y parecía que lo tenía todo bajo control, pero a pesar de eso, Rebecca estaba preocupada.

—¿Y bien?

—Ten paciencia. Mi trabajo es extremadamente delicado.

Rebecca pensó que también era extremadamente lento.

Tom llevaba tres horas en la casa . Había comprobado el sótano, los cimientos y finalmente estaba haciendo lo mismo con la tarima de los suelos.

En aquel momento, oyó una voz familiar.

—¿Hola?

—Hola, Linda... Estoy aquí, en el salón.

Linda apareció segundos más tarde.

—Vi la furgoneta aparcada delante de la casa y pasé para ver qué sucede. No es nada, ¿verdad? —preguntó con una enorme sonrisa.

—Oh, no, nada que no se pueda arreglar con un par de cientos de dólares. ¿Pero qué te ocurre a ti?

—¿A mí?

—Sí, a ti. Tienes un aspecto extrañamente feliz...

—¿Qué quieres decir con eso?

Rebecca no tuvo tiempo de contestar, porque Tom dijo entonces:

—He encontrado termitas.

—¿Qué? —preguntó Linda—. Qué horror, precisamente quería volver a invitar a Alex a la fiesta, pero si tienes termitas supongo que ya no querrá comprar la casa. Tardarás muchísimo tiempo en arreglarlo todo y volver a poner la mansión en venta. Tal vez deberías olvidar la idea de marcharte.

—Alex aún no ha descubierto nada.

—¿Como es posible? Vive contigo.

—Bueno... le he mentado.

Linda frunció el ceño.

—Eso no es buena idea, Rebecca. ¿Qué pasará si lo descubre? ¿No es algo ilegal? Lo estás estafando. Sinceramente creo que deberías considerar la posibilidad de quedarte.

—No, lo tengo todo bajo control.

Linda se cruzó de brazos y la miró con evidente desaprobación. Entonces, Tom se levantó y dijo:

—Sinceramente, nunca había visto nada similar. Parece como si alguien hubiera capturado unas cuantas terminas y las hubiera arrojado aquí, en el salón.

—¿Qué? —preguntó Rebecca, atónita.

—No hay presencia de terminas en ninguna parte. No hay ningún daño e incluso aquí, solo he localizado diez termitas. Desde luego, puedes estar segura de que esto no es normal.

Rebecca no sabía lo que pensar. Por una parte se alegraba de no tener ningún problema, pero por otra era evidente que alguien estaba intentando sabotear la venta de la casa. Una vez más pensó en Alex, pero no tenía sentido. No tenía razón alguna para hacer semejante cosa, y por otra parte no lo creía capaz de algo tan despreciable.

—Son buenas noticias —dijo Linda—. Eso significa que no tienes de qué preocuparte.

—Sí, claro... Dime una cosa, Linda. ¿Has visto algo extraño, últimamente, en el vecindario?

—¿Extraño?

—Sí, no sé, tal vez algún desconocido...

—No, no he visto a nadie nuevo excepto a tu comprador. No creerás realmente que alguien ha colocado esas termitas en tu salón, ¿verdad? ¿Quién podría hacer algo así?

—No estoy segura, pero hace unos días sucedió algo extraño y tuve que llamar al sheriff.

—¿A Dwayne?

Rebecca le contó lo sucedido con la llave del agua, exceptuando los detalles sobre la falta de ropa de Alex. Cuando terminó de contárselo, Linda dijo: —Será mejor que me marche a casa. Se lo diré todo a Jake, para ver qué opina.

Rebecca se sintió culpable por preocupar a su amiga, pero ya no tenía remedio. Tom le dio la factura y al ver la cifra, se llevó un buen susto. Tal vez no tuviera termitas, pero obviamente aquel hombre no trabajaba gratis.

Los desastres continuaron durante toda la semana siguiente. Las lámparas se estropeaban, aparecían grietas en el entarimado y la pintura de las paredes se caía. Mientras Alex trabajaba en su oficina, por la mansión no dejaban de pasar grupos de trabajadores que se encargaban de arreglarlo todo. De hecho, Rebecca conseguía sobrevivir económica a duras penas gracias al dinero que le pagaba Alex por su estancia en la casa. La situación era absurda, pero no tenía más opción que continuar con la farsa.

Al menos, Alex había respetado hasta el momento el pacto de no tocarla. La

ayudaba a empaquetar, bromeaba, le hacía cumplidos, plantaba flores en el jardín, cocinaba e incluso iba completamente vestido. Se estaba comportando maravillosamente bien. Y sin embargo, la estaba volviendo loca.

No sabía qué hacer con él. O más bien, sabía perfectamente lo que hacer, pero no quería hacerlo. Le gustaba mucho y temía estar enamorándose de él.

Para empeorar las cosas, hacer la mudanza estaba resultando muy duro. No dejaba de encontrar objetos que le recordaban a su madre. A veces sonreía y a veces lloraba, pero cada vez estaba menos segura sobre su decisión de abandonar la mansión y marcharse a Nueva York.

Así que cuando Linda la invitó a asistir a la fiesta que realizaban todos los años en su casa, cuando se celebraba el tradicional partido de fútbol entre la universidad de Florida y la de Georgia, no dudó en aceptar.

El único problema era que había que asistir con prendas de color rojo y negro, los colores oficiales de la universidad de Georgia. Pero a pesar de eso, Alex se mostró encantado de acompañarla.

Como de costumbre, Rebecca y Linda se aburrieron rápidamente del partido. Pero Rebecca tuvo ocasión de charlar con Nettie. La anciana le aseguró que las credenciales de Alexander Carlisle eran impecables y que de hecho se había prestado voluntario para ayudarlas en el club de damas inversoras. El comentario confirmó lo que le había dicho ya Pam, la agente inmobiliaria. Alex tenía mucho dinero y podía pagar la mansión sin el menor problema.

Estaba pensando en la conversación telefónica que había escuchado, entre Alex y aquella mujer llamada Alicia, cuando Pam apareció en la sala del brazo del propio Alex.

Rebecca siempre había apreciado mucho a Pam, pero en aquel momento deseó arrancarle la cabellera. Sintió unos intensos celos, como si su compañero de casa le perteneciera.

—Hola —dijo Alex al verla.

Rebecca se estremeció. Lo deseaba tanto que no sabía cómo comportarse.

—¿Qué tal vas con la mudanza? —preguntó Pam.

—Casi he terminado de empaquetar las cosas.

—Este lugar no será el mismo cuando te hayas marchado —dijo la agente inmobiliaria—. ¿Qué haremos entonces, Alex?

Alex ni siquiera miró a Pam al contestar.

—No lo sé.

Rebecca tuvo la clara impresión de que a Alex le entristecía que se marchara. Además, acababa de darse cuenta de que no estaba interesado en

Pam.

—Eh, Carlisle, ¿quieres tomar una cerveza? —preguntó entonces Jake.

Alex se levantó y dijo:

—Vuelvo enseguida.

Pam se levantó también, con la excusa de ayudarlo a sacar las cervezas del frigorífico, pero cuando Alex regresó minutos más tarde, estaba solo. Se sentó junto a Rebecca y ella apretó los dientes. Estaba cansada de todo aquello. Dos semanas antes no podía quitarle las manos de encima, y ahora, ni siquiera la rozaba.

—¿Qué tal ha va el partido? —preguntó Linda.

—No estoy seguro. Creo que van ganando, pero la gente está enfadada.

—Probablemente no ganaron por goleada —comentó Linda—. Por cierto, ¿Jake no te ha hecho jurar fidelidad a los bulldog?

—¿Bulldog? —preguntó Alex.

—Sí, es la mascota oficial del equipo. Un bulldog.

—Ah, sí, lo ha hecho —comentó, mirando a Rebecca.

Rebecca se lamió los labios de forma inconsciente. Lo deseaba y al parecer él sentía lo mismo, porque se inclinó levemente sobre ella como si quisiera besarla.

Sin embargo, en aquel momento se oyó un estruendo que procedía de la habitación donde estaba la televisión que retransmitía el partido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Alex.

Rebecca rio.

—Parece que han marcado.

Menos de una semana más tarde, cuando solo faltaban tres días para su fiesta de despedida, Rebecca decidió tomar decisiones drásticas.

Con una madre como Angelina Parsons, estaba segura de que algún lugar de su personalidad había una mujer atrevida y rebelde capaz de hacer cosas impulsivas. Solo tenía que encontrarla y olvidar las consecuencias de lo que pensaba hacer: entregarse a Alex Carlisle.

El deseo había llegado a tal punto que ya no podía controlarlo. Debía lograr que renunciara al pacto que ella misma le había obligado a seguir, pero no sabía cómo hacerlo.

En aquel preciso instante apareció el hombre de sus sueños con una botella de champán y un ramo de flores.

—Las acciones de Sea Com acaban de subir —declaró.

Rebecca no sabía gran cosa sobre la bolsa, pero por la expresión de Alex solo cabían dos opciones: o acababa de ganar muchísimo dinero o había tenido la experiencia sexual más satisfactoria de toda su vida.

Alex dejó la botella sobre la mesa del vestíbulo y le dio el ramo.

—Soy un hombre rico, preciosa.

—Pensaba que ya lo eras...

Alex la tomó por la cintura y sonrió.

—Sí, pero si esas acciones siguen subiendo podré comprar cierta isla del Caribe que me gusta mucho.

Rebecca no estaba segura de que estuviera hablando en serio, pero en cualquier caso solo estaba interesada en sus ojos verdes, en el inmenso atractivo de sus labios y en lo bien que le quedaba el traje que llevaba, aunque habría preferido verlo sin más prenda que una toalla.

—¿Cuánto champán has bebido antes de llegar?

—Todavía no he probado ni una gota. Quería celebrarlo contigo.

—Es un detalle de tu parte —comentó, mientras olía las flores.

Alex la miró, suspiró y se apartó de ella con gesto frustrado.

—Oh, lo siento. Había olvidado las normas...

Rebecca lo maldijo en silencio.

—¿Qué te parece si te invito a cenar? —preguntó él.

—¿Dónde?

—No sé, podríamos ir a la casa de las costillas.

La mujer pensó que las únicas costillas que quería comerse eran las de Alex.

—Prefiero el restaurante Victorian. Las costillas no van bien con el champán.

—Bueno, si eso es lo que quieres...

—Sí, eso es lo que quiero —dijo ella, con voz sensual.

Alex sonrió y avanzó hacia ella. Era obvio que estaba coqueteando con él.

—¿Estás flirteando conmigo, Rebecca?

—Sí.

Él rio.

—¿Y qué hay de la norma de no tocarte?

—Creo que ha sido la idea más estúpida que he tenido en toda mi vida.

—No lo creas —dijo él—. Gracias a eso, ahora somos amigos.

—Sí, bueno...

—Además, te advierto que si comienzo a besarte ahora, no podré detenerme.

—¿Y qué hay de la cena?

—Ah, es verdad... Si vamos al Victorian tendremos que cambiarnos de ropa. Si no recuerdo mal, se exige corbata a los hombres —dijo, mientras se apartaba de ella—. Está bien, nos encontraremos aquí dentro de una hora.

—Espera un momento... ¿cómo sabes que hace falta corbata?

—Porque Nettie me llamó ayer para decírmelo.

Rebecca rio. Al parecer, sus vecinas eran mucho más listas de lo que había imaginado.

Capítulo 9

Qué maravilla...

Alex no pudo evitar el comentario cuando miró escaleras arriba, y de hecho estuvo a punto de dejar caer la botella de champán que llevaba bajo un brazo.

Rebecca sonrió y continuó bajando. Llevaba un vestido negro ajustado con un escote mucho más que generoso. En cuanto a la parte inferior, permitía una visión perfecta de sus maravillosas y espectaculares piernas.

—Tienes buen aspecto —dijo ella, mirándolo de la cabeza a los pies.

Alex la deseaba tanto que comenzaba a pensar que el sexo, por sí mismo, no sería suficiente para saciar el hambre que lo dominaba.

—Gracias —acertó a decir, asombrado por su belleza—. Tú estás... increíble.

—Es un vestido de mi madre.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—Debe de ser el conductor de la limusina.

—¿Cómo has conseguido encontrar una limusina en Junction Gap?

—Lo creas o no hay una, aunque normalmente solo la utilizan en los entierros.

—Ah, claro...

La acompañó a la puerta y una vez en el exterior la tomó la tomó por la cintura y avanzaron hacia el largo vehículo negro, estacionado en el vado de la mansión.

Cuando el chófer les abrió una de las portezuelas traseras, ella susurró al oído de Alex:

—¿No es uno de los ayudantes de Dwayne?

—Sí —respondió.

En cuestión de segundos, ya estaban de camino al restaurante. Alex guardó el champán en el pequeño frigorífico de la limusina, para tomar unas copas cuando terminaran de cenar.

Durante el trayecto, hablaron de cosas intrascendentes. Alex quería que todo fuera agradable y divertido, para no pensar en el deprimente hecho de que Rebecca estaba a punto de marcharse. Solo faltaba una semana y tenía que encontrar la forma de impedirlo.

—¿Qué tal está tu salmón? —preguntó él.

—Maravilloso —respondió, mientras daba el último bocado.

Alex sirvió lo que quedaba de la botella de vino en las dos copas.

—Nettie estará orgullosa de sus esfuerzos como Celestina...

—Al menos, temporalmente.

—Será interesante ver qué intenta hacer ahora para manipularme.

Rebecca tomó un poco de vino y lo miró.

—¿Te sientes manipulado por traerme a cenar?

—No, por supuesto que no. Recuerda que es algo que deseaba hacer desde hace mucho tiempo.

—Lo recuerdo. Pero, ¿por qué crees que nos sentimos tan atraídos el uno por el otro?

Él se encogió de hombros.

—Por la química, supongo.

Sin embargo, Alex pensó que la atracción física no explicaba todo lo que sentía por aquella mujer. Su sonrisa, el sonido de su voz y el brillo de sus ojos lo emocionaban de un modo muy profundo.

—Sí, tienes razón —dijo ella—, pero mi vida es muy complicada ahora y es peor momento para involucrarme sentimentalmente con alguien. Además, también está mi lista de razones...

—Ah, sí, tu sentido práctico.

—Somos muy distintos, Alex.

—Por supuesto.

—Pero las últimas semanas han sido maravillosas —confesó ella, mientras apretaba una de sus manos—. Gracias por haberme ayudado tanto.

Alex pensó que aquello se parecía cada vez más a un intento de despedirse de él.

—Los próximos días van a ser muy movidos —continuó ella— y quería que lo supieras, antes de que me marche.

—Gracias.

—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara.

Entonces, Alex sintió que Rebecca estaba acariciándolo entre las piernas con un pie. De inmediato, se excitó.

—¿Eso es parte del agradecimiento? —preguntó él.

—Si quieres verlo de ese modo...

El movimiento del pie de Rebecca contra su sexo lo desconcentró tanto que se dio un buen golpe con la mesa y a punto estuvo de tirar las velas que la decoraban. De hecho, varios clientes de las mesas contiguas miraron hacia la pareja.

Rebecca tuvo que hacer un esfuerzo para no reír, pero no dejó de acariciarlo.

—¿Sigo? —preguntó ella.

Él solo pudo asentir.

—Por cierto, ¿qué te pareció el partido del otro día?

—Un poco... largo.

—Es verdad. ¿No te parece que los jugadores son muy... duros?

Alex intentó recobrar el control, pero no podía. Rebecca seguía acariciándolo, inmisericorde.

—Por supuesto, sería difícil que marcaran si no fueran tan duros —continuó ella.

Alex quiso tomar un poco de vino, pero en tal situación no pudo evitar derramarlo sobre las velas, que se apagaron. Varios camareros se acercaron a la mesa y Rebecca, por fin, apartó el pie de su entrepierna. Alex no sabía si sentirse decepcionado o agradecido.

—¿Nos vamos? —preguntó ella.

Alex pagó la cuenta, dejó una propina y se levantó. Rebecca le estaba mostrando una faceta de su personalidad que hasta entonces no conocía: la de una mujer atrevida, misteriosa y con confianza en sí misma. Y le gustaba aún más.

Justo antes de entrar en la limusina, Alex le dio varios billetes al chófer y le dijo:

—Tómate tu tiempo para llevarnos a casa.

En cuanto entraron en el vehículo, Alex abrió la botella de champán y le dio una copa a Rebecca. Estaba preciosa.

—Por cierto, ¿cómo has conseguido que un ayudante del sheriff se prestara a conducir la limusina? —preguntó.

Alex acarició uno de los muslos de la mujer.

—Hablé con él cuando vigilaba nuestra casa. Recuerda que el sheriff le ordenó que lo hiciera por el asunto de la llave del agua.

—¿Nuestra casa? —preguntó, sorprendida.

—¿Qué te sorprende tanto?

—Que has dicho «nuestra casa». Y aunque dentro de unos días será tuya,

nunca ha sido...

Alex se inclinó sobre ella y puso un dedo en sus labios para que no siguiera hablando. Después, dejó su copa a un lado y decidió que ya no podía soportarlo por más tiempo. Tenía que besarla, pero quería hacerlo suavemente, para que no se asustara.

Sin embargo, la reacción de Rebecca le sorprendió. Lo tomó por la corbata y lo atrajo hacia ella con fuerza.

Él la besó, dejándose llevar por las dulces profundidades de su boca, y perdió todo sentido de espacio y tiempo. Pero los besos no eran suficientes. Deseaba sentir todo su cuerpo, acariciarla de la cabeza los pies y volver a empezar de nuevo, una y otra vez. Casi se tumbó sobre ella en asiento trasero del vehículo, y en aquella posición, el vestido de Rebecca apenas disimulaba sus senos. No llevaba sostén, de modo que resultó fácil dejarlos desnudos y lamerlos.

Lo hizo una y otra vez, en una tortura maravillosa que se alargó hasta que al cabo de un rato ella gimió tan fuerte que Alex se apartó y preguntó, preocupado: —¿Estás bien?

—No puedo creerlo...

—¿Qué?

Rebecca se ruborizó tanto que Alex lo supo.

—¿Has tenido un orgasmo?

—Sí.

—Oh, vaya, no sabía que...

—Nunca me había pasado esto. Es la primera vez que alcanzo el orgasmo sólo con el contacto en mis senos...

Alex sonrió.

En aquel momento, la voz de chófer sonó a través del intercomunicador. Por suerte, estaban separados de él por un cristal completamente opaco.

—¿Señor?

—¿Sí?

—¿Va todo bien? Me ha parecido oír un grito...

—No se preocupe. Pero, si es posible, llévenos ya a casa.

—De acuerdo, señor.

Alex miró a Rebecca y dijo:

—No te preocupes. Continuaremos con lo que estábamos haciendo.

Ella sonrió y él se apartó un poco, para que pudiera volver a vestirse.

—Me has quitado el aliento —dijo ella.

—Y yo nunca había experimentado nada similar —declaró él, mientras tomaba sus manos—. No es algo simplemente sexual. Te deseo más de lo que haya deseado a nadie, pero también me siento más cerca de ti que de nadie. Me gusta estar contigo. Me haces feliz.

Rebecca lo miró de un modo tan intenso que él añadió:

—Pasa la noche conmigo. Hagamos el amor.

Ella volvió a agarrarlo de la corbata y dijo:

—Ya era hora de me lo propusieras, Alex.

Rebecca permaneció junto a su amante mientras él abría la puerta de la casa.

Ya no sabía de quién era la mansión. Si de ella, de él, o de los dos al mismo tiempo. Pero daba igual. Estaba a punto de dar un gran paso con un hombre al que había conocido pocas semanas antes. Un hombre que la deseaba y al que hacía feliz.

La casa, con todos sus problemas y complicaciones, parecía algo sencillo en comparación.

Alex abrió la puerta y dijo:

—Vuelvo enseguida. Tengo que hablar un momento con el ayudante del sheriff.

—De acuerdo...

Rebecca entró en la casa, dominada por el sentimiento de anticipación y miró hacia la escalera, preguntándose si debía subir y esperarlo arriba. No estaba muy segura, sobre todo después de lo que había sucedido en la limusina. Al parecer no era una mujer tan conservadora y fría como había supuesto. Bien al contrario, se había comportado con apasionamiento y hasta había logrado alcanzar el orgasmo sencillamente con sus caricias en sus senos. Para ella siempre había sido una zona muy sensible, pero la boca de Alex era sencillamente mágica.

En aquel instante tomó una decisión. Ya no volvería a ser la mujer cauta y controlada que había sido. Podía ser seductora, misteriosa, exótica.

Subió las escaleras a toda prisa, entró en su dormitorio y se dirigió al cuarto de baño. Moose estaba sobre el lavabo, mirándose en el espejo. Al verla, movió la cola, irritado.

—Lo siento, Moose, pero no estás invitado a esta fiesta.

Rebecca sacó velas de uno de los cajones, comenzó a ponerlas por todas las superficies de su dormitorio y finalmente las encendió. Poco después oyó la

voz de su amante.

—¿Rebecca?

—¡Estoy arriba!

Al oír los pasos de Alex en la escalera, su corazón se aceleró y pensó que su madre se sentía orgullosa de ella.

—¿Dónde estás?

—Aquí, en mi dormitorio...

Alex entró y la miró con interés.

—¿Qué estabas haciendo?

—Ven y descúbrelo tú mismo.

Su amante caminó hacia ella con su elegancia habitual.

—Estás preciosa a la luz de las velas...

—Tú tampoco estás mal.

—Gracias —dijo, mientras la abrazaba.

—Gracias, ¿por qué?

—Por hacer algo tan especial de todo esto.

—Es un placer.

—Un placer para los dos.

Alex la besó con apasionamiento y ella lo olvidó todo. Olvidó el pasado y el futuro. Olvidó su ansiedad y hasta el lugar en el que se encontraban. No había nada en el mundo excepto sus labios, dominando sus pensamientos y sus sentidos. Nunca había sentido nada parecido con ninguna otra persona.

—Si no veo tu cuerpo ahora mismo, creo que me moriré —dijo él.

Ella no respondió a su petición con palabras. Comenzó a desabrocharle la camisa mientras él le quitaba el vestido. Y Alex se llevó una buena sorpresa: cuando por fin consiguió librarla de la prenda, observó que no llevaba sostén; pero en cambio, llevaba ligas, braguitas de fantasía y medias.

—Estaba bien preparada, por si acaso...

Él la cubrió de besos y susurró a su oído:

—Mete una mano en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Ella lo hizo mientras frotaba sus senos contra el pecho de Alex.

—Mi pantalón —repitió él.

—¿Para qué?

—Hazlo, ya lo verás... Si no lo haces, cualquiera sabe lo que puede suceder.

Rebecca lo hizo finalmente y extrajo varios preservativos. Había por lo menos seis.

—Veo que últimamente estás muy generoso...

—Es que me inspiras —dijo él.

—Entonces tendremos que usarlos todos.

—Llevas demasiada ropa —declaró Alex, mientras la acariciaba.

—Tú también.

Antes de que se dieran cuenta, los dos estuvieron totalmente desnudos sobre la cama. Rebecca se maravilló por las sensaciones que la dominaban. Hasta entonces había sido una mujer acostumbrada a controlarse siempre, pero no podía contener las emociones que la unían a Alex.

—Estoy perdiendo el control, Rebecca...

—Te deseo tanto...

Alex tomó uno de los preservativos y se apartó un momento para ponérselo. El corazón de Rebecca se aceleró aún más.

—Quiero sentirte dentro de mí —dijo ella.

Él apartó sus muslos y entró en su cuerpo. Rebecca se estremeció y no tardó en alcanzar el orgasmo. Se aferró a él, asombrada por la intensidad del placer que sentía y por el contacto de su pecho contra sus senos. Alex siguió moviéndose en su interior, cada vez más deprisa.

—No me dejes nunca, Rebecca. Te necesito.

Segundos después Rebecca alcanzó un segundo orgasmo, casi al mismo tiempo que él. Por fin, Alex se tumbó sobre ella y ella lo abrazó, sin pensar en nada, dejándose llevar por el momento.

Entonces vio que el gato había conseguido salir del cuarto de baño. Los miraba con cierta confusión.

Rebecca besó a Alex en la frente y pensó que, en cuanto tuviera una oportunidad, se levantaría y volvería a encerrar a Moose.

Capítulo 10

A falta de un martillo, Linda se quitó un zapato y lo utilizó para cerrar bien la caja.

—Bueno, será mejor que esta vez consigamos algo —dijo—. Llevo dos semanas intentando reuniros a todos.

Varios de los vecinos, incluido su esposo, gruñeron ante el tono autoritario de la mujer, pero Linda hizo caso omiso. Debían hacer algo para solucionar aquella desastrosa situación.

—Todo iba bien hasta que Rebecca llamó al sheriff —dijo Nettie.

—Es verdad —admitió Linda—. Debimos haber imaginado que haría algo así, pero el resto del plan ha salido como pretendíamos. ¿Verdad, Jake?

—Sí, cariño. Pero hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué no nos limitamos a decirle que no queremos que se marche? Todo esto me parece poco correcto.

Linda suspiró.

—Intentamos decírselo, pero no sirvió de nada, así que alejar a Alex Carlisle es la única forma de conseguirlo. Si no encuentra un comprador, no se marchará.

—A mí me gusta Alex —dijo Nettie—. Creo que deberíamos seguir con mi plan y conseguir que se enamoren. Él podría convencerla para que se quedara.

—Yo diría que has tenido bastante éxito con ese plan —intervino Francine—. Hasta le recomendaste que llevara a ese restaurante, para seducirla...

—¿Hiciste eso? —preguntó Linda.

—Oh, sí, lo hizo —respondió Francine, mirando a Nettie—. Y también fuiste tú quien puso las termitas en su casa. Yo sabía que no iba a funcionar. Además, es peligroso... quién sabe qué enfermedad podría haber sufrido Rebecca.

—La verdad es que lo hemos intentado todo —dijo Linda—. La luz, el agua, las tuberías del lavaplatos y del triturador de basuras... ¿Qué más nos falta?

—No lo sé. Pero no tuvimos nada que ver con el asunto de las tejas, ¿verdad? —preguntó Nettie.

—No —respondió Francine—. Eso fue simple casualidad.

Linda pensó que debían encontrar la forma de impedir la venta de la mansión. A ella también le gustaba Alex, pero tendría que buscarse otra casa.

Estaba decidida a hacer cualquier cosa para lograr que su amiga se quedara en Junction Gap.

Alex se estiró y sonrió al sentir la femenina silueta de las caderas de Rebecca. Sin ni siquiera abrir los ojos, podía ver su suave cuerpo desnudo, sus ojos nublados por la pasión, la gentil urgencia de su sexo contra su sexo. Y tras una noche como la que habían vivido, no estaba dispuesto a permitir que la sensación desapareciera.

De hecho, estaba decidido a aferrarla con ambas manos, literalmente.

Se acercó a ella, la atrajo hacia sí y la besó en el cuello y en los hombros. Acto seguido, comenzó a acariciar sus senos. Era tan bella que casi no podía creerlo. Y despertarla de ese modo era un placer que deseaba repetir una y mil veces durante mucho tiempo.

Rebecca gimió al sentir una mano de Alex entre sus piernas. Se excitó y se apretó contra él, aumentando la erección de su amante.

—Alex...

—Buenos días.

—Desde luego, son buenos.

Alex la besó, e incapaz de controlarse por más tiempo, la tumbó de espaldas y se colocó sobre ella.

Rebecca se arqueó y dijo:

—Por favor...

Él no necesitaba una invitación más explícita, así que la penetró y cerró los ojos con fuerza mientras disfrutaba del momento. Su cuerpo le pedía que comenzara a moverse, pero él no lo hizo, permaneció allí, quieto, saboreando la sensación hasta que por fin se dejó llevar.

Pocos minutos después, Rebecca tuvo un nuevo orgasmo y se aferró a él con fuerza. Alex se colapsó sobre ella y se preguntó si alguna vez se cansaría de hacerle el amor. Nunca había experimentado nada parecido a lo que sentía con Rebecca y se dijo que debía encontrar el modo de convencerla para que no se marchara a Nueva York. No podía permitir que se alejara sin tener la oportunidad de establecer una relación más profunda con ella.

—¿Qué es eso que suena? —preguntó Rebecca.

—Mi corazón.

—No. Es como si alguien estuviera llamando a la puerta...

—Ya se marchará, sea quien sea.

—Escucha... Hay alguien en la puerta trasera.

—¿A las ocho de la mañana de un jueves? ¿Quién podría ser?

—Seguro que no es nada importante, pero bajaré a ver.

—Está bien. Bajaré yo también dentro de unos minutos.

Alex bostezó y se dirigió al cuarto de baño. Necesitaba tomarse un buen café porque Rebecca lo había mantenido despierto casi toda la noche.

Cuando abrió la puerta, el gato se abalanzó sobre él con intención de arañarlo, pero no lo consiguió y salió corriendo. Al parecer, no le caía muy bien al felino.

Minutos después se puso unos vaqueros y una camiseta y se preguntó cómo podría arreglar las cosas con su amante. Aunque consiguiera convencerla para que no se marchara, él quería vivir en esa casa, pero ella no.

Le gustaba la mansión. Le recordaba la casa de sus abuelos y además se había enamorado de Junction Gap. Le gustaban sus calles, sus gentes, sus sonidos. Quería ver cómo crecía la fortuna de Nettie y de Francine, rehabilitar la casa e incluso alzar la vista al cielo con desesperación si alguna vez necesitaba de los servicios del sheriff.

Debía convencer a Rebecca de que ella pertenecía a aquel lugar, pero no tenía la menor idea de cómo conseguirlo.

Al llegar a la cocina vio que la puerta trasera estaba abierta, pero Rebecca no se encontraba allí.

Alarmado, salió al jardín y vio que su amante estaba con Jake.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Moose se ha escapado cuando yo he abierto la puerta —explicó ella.

—No sé cómo vamos a encontrarlo ahora —dijo Jake.

—Nunca había salido de la casa —comentó Rebecca—. Me preguntó qué lo habrá asustado de ese modo...

—Creo que yo he tenido algo que ver.

—¿Tú?

—Sí —respondió, hablando en voz baja a Rebecca para que Jake no conociera los detalles—. Al salir del cuarto de baño intentó arañarme y salió corriendo de la habitación. Tengo la impresión de que no le gusta que esté conmigo.

Rebecca se ruborizó y miró a Jake, que parecía estar haciendo un esfuerzo para no escuchar la conversación.

—Es posible —dijo ella.

—¿Y si ponemos comida para atraerlo?

—Buena idea. Iré a buscar un poco.

Rebecca se dirigió a la casa y Jake se volvió hacia Alex.

—Lo siento, no pretendía interrumpir nada. Solo quería decirte que hace unos días tomé prestada una pala.

—¿Una pala?

—Sí, Dwayne vino ayer y me contó lo de la huella en el sótano. Pero probablemente es mía.

—Ah, comprendo. Sin embargo, no tocaste la válvula de agua, ¿verdad?

—No que yo recuerde —contestó, apartando la mirada—. Solo necesitaba la pala. No pretendía causar problemas.

Alex tuvo la impresión de que le había mentado. Sospechaba que Jake sabía más sobre el incidente de la llave del agua de lo que decía. Pero no pudo interrogarlo al respecto, porque Rebecca regresó con un poco de comida para gatos.

—Es su comida preferida. Si eso no lo atrae, nada lo atraerá. Moose, ven aquí, gatito...

El gato no tardó en aparecer. Estaba escondido en un arbusto y asomó la cabeza, pero no se acercó.

—No parece que esté muy interesado —dijo Jake.

El marido de Linda decidió contarle la historia de la pala a Rebecca aunque ya se lo había contado a su amante, y cuando terminó de hablar, Alex dijo: —Sin embargo, aún tenemos que averiguar quién cerró la llave del agua.

—Yo no me preocuparía mucho por eso —dijo Jake—. Probablemente fue algún niño de la zona, que estaría jugando. Rebecca siempre deja abierta la puerta del sótano.

—Ya no —dijo Alex, que seguía sospechando que Jake ocultaba algo.

Aparentemente, Rebecca también sospechaba, porque de repente preguntó:

—¿Qué pasa, Jake?

—Nada, es que no me gusta la idea de que te marches. ¿De verdad tienes que hacerlo?

Los ojos de Rebecca se llenaron de lágrimas.

—Sí, ha llegado el momento de que me marche. Esta siempre fue la casa de mi madre y debo encontrar mi propio lugar.

Jake sonrió con tristeza.

—Creo que te equivocas. Este es tu sitio.

El vecino de Rebecca se marchó entonces, momento que Alex aprovechó para abrazarla.

—¿Estás segura de que quieres marcharte? —preguntó él.

—Sí, pero echaré de menos a Linda y a Jake.

—¿Y a mí?

—Sí, también te echaré de menos.

Entonces, Alex se inclinó sobre ella y la besó, sin importarle que los vecinos pudieran verlos.

En aquel momento, el maullido de un gato enfadado los interrumpió. Moose los observaba desde el arbusto con sus grandes ojos amarillos.

Alex lo miró y se dijo que la mañana estaba siendo muy interesante. Había descubierto que Jake ocultaba algo, que Rebecca tenía dudas sobre su marcha y que no había nada más fuerte que el hambre de un gato.

—¿Qué aspecto tiene?

Rebecca gritó al especialista en tejados, que había regresado con la grúa para inspeccionar su trabajo. Solo faltaba una hora para que llegara el inspector del ayuntamiento y debían asegurarse de que la casa estaba en buenas condiciones.

—Bien, creo que aguantará.

—Aleluya...

Rebecca se sorprendió. Se suponía que debía estar contenta. Todo estaba saliendo como había previsto, pero ya no se alegraba. Alex Carlisle había cambiado su vida. Había transformado su visión de las cosas y había logrado algo muy difícil: que cambiara de opinión sobre Junction Gap y hasta que reconsiderara la relación que había mantenido con su madre. Tal vez ella fuera la persona práctica y él la persona impulsiva, pero paradójicamente él se quedaba y ella se marchaba. Dejaba su casa, su hogar. Un hogar que amaba.

Casi todo lo que poseía estaba empaquetado en cajas. La venta ya estaba cerrada y la estaban esperando en Nueva York. Pero de repente, la gran ciudad ya no le parecía un destino tan apetecible. Lo único que le importaba realmente era Alex, pero no sabía qué intenciones tenía para el futuro. La deseaba a ella y deseaba la mansión. Sin embargo, desconocía si su deseo duraría mucho tiempo.

En aquel momento, el especialista en tejados se acercó a ella.

—Bueno, parece que todo está bien.

Por desgracia, Alex apareció de repente y preguntó:

—¿Qué está pasando aquí?

—Nada, solo estaba comprobando los arreglos que hice en el tejado hace un par de semanas —respondió el hombre—. Le dije a Rebecca que regresaría para echar un vistazo antes de que empiecen de nuevo las tormentas.

Alex miró a Rebecca con interés.

—Ah, vaya...

Rebecca sintió pánico. Había mentido a Alex todo el tiempo, para impedir que rompiera el contrato de compra. Pero ahora ya no le importaba nada de eso. Temía que se sintiera traicionado al conocer la verdad.

—¿De qué está hablando, Rebecca? —preguntó Alex.

Estaba atrapada, así que intentó responder con tanta dignidad como pudo.

—El tejado comenzó a tener goteras al día siguiente de que llegaras. La casa es un desastre, Alex. Se rompieron las tuberías, la electricidad no funciona bien, encontré terminas en el salón y por si fuera poco, tiene goteras.

Alex no dijo nada. Se limitó a mirarla.

—Bueno, di algo... ¿Es que no me has oído? Te he estado engañando. Te he estado ocultando todas las reparaciones...

—¿Por qué?

—Porque eres el comprador, ¿recuerdas?

Alex la miró con evidente enfado.

—Pensé que era algo más que eso.

—Te prometo que no te lo dije porque tenía intención de arreglarlo todo antes de que te quedaras con la casa. Es vieja y necesita muchos cuidados, que yo no me puedo permitir.

—¿No puedes permitirte los?

—Estoy arruinada, Alex. Estas semanas he estado viviendo únicamente del dinero que me pagaste por quedarte aquí.

—¿Y qué hay de la fortuna de tu abuela?

Rebecca rio.

—Hace muchos años que desapareció.

—Si me lo hubieras dicho, te habría ayudado. Tengo dinero de sobra... Pero hay algo que necesito saber. ¿Me has engañado en alguna otra cosa?

Rebecca no respondió.

—¿Qué pasó con la llave del agua?

—¿Qué quieres decir?

—¿La cerraste tú?

—No. De hecho, pensé que habías sido tú.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Para bajar el precio de la casa, tal vez. Oí una conversación telefónica... Estabas hablando con una tal Alicia y dijiste que podías acabar en bancarrota. Así que llegué a la conclusión de que tal vez tampoco tenías dinero.

Alex se cruzó de brazos.

—Alicia es mi secretaria, y yo estaba bromeando. Ciertamente me arriesgo cuando hago negocios, pero no estoy loco. Sin embargo, ¿cuándo comprendiste que realmente tenía dinero?

—Bueno, cuando me contaste lo de las acciones de esa empresa, y hace unos minutos, cuando...

—¿Hace unos minutos? —preguntó, enfadado—. No te comprendo, Rebecca. Entonces, ¿qué ha sido para ti lo de anoche? ¿Es que crees que he intentado seducirte para quedarme con la casa?

—No, yo...

—No, no digas nada —la interrumpió—. Maldita sea, Rebecca. Comprendo que mantuvieras en secreto lo de las reparaciones y hasta comprendo que llegaras a una conclusión apresurada al escuchar mi conversación con Alicia. Pero pensé que había algo entre nosotros, que al menos éramos amigos. ¿Cómo pudiste pensar que yo era capaz de hacerte algo así?

Rebecca estaba destrozada por lo sucedido, pero a pesar de eso, dijo:

—Tal vez sea mejor así. Me voy dentro de un par de días y...

—¡Ah, claro! —exclamó él, muy irritado—. Sigues con esa tontería de que eres una mujer práctica y fría y que no tenemos nada que ver. Pues tengo una noticia que darte, Rebecca Parsons. Aquella noche en el restaurante Victorian no fuiste precisamente fría y práctica. En realidad no lo eres nunca. Solo lo fuiste, tal vez, cuando decidiste no confiar en mí y no dar una oportunidad a nuestra relación.

Rebecca se apartó, herida. Sospechaba que Alex tenía razón.

—Pero hay una cosa que es cierta —continuó él—. Tú te marchas y yo me quedo. Porque he decidido sentar la cabeza, permanentemente. Y hacerlo aquí.

—¿Aún quieres comprar la casa? —preguntó, sorprendida.

—Sí. Para eso vine al principio, ¿recuerdas? —preguntó, arqueando una ceja—. Pero en estas circunstancias, creo que será mejor que permanezca en mi oficina hasta que te marches. Recogeré mis cosas y dejaré de molestarte.

Rebecca lo miró e intentó decir algo, pero no pudo. Él se despidió, se dio la vuelta y se alejó hacia la casa sin mirar hacia atrás.

La mujer derramó una lágrima. Acababa de comprender que todo había terminado.

Capítulo 11

Alex tomó un poco de café y miró por la ventana de su oficina. El sábado había amanecido luminoso y lleno de esperanzas, pero las suyas habían terminado el día anterior.

Le había confesado a Rebecca que quería quedarse en la mansión y establecerse allí de forma permanente. Sin embargo, acababa de descubrir que aquella idea no tenía el menor atractivo para él si no podía estar con la mujer que amaba. Lamentablemente, pensaba que lo había estropeado todo. Desde el principio solo había intentado una cosa: acostarse con ella. Nunca le había prometido nada. No le había confesado sus sentimientos y a pesar de ello había esperado que confiara en él casi de forma ciega.

Era perfectamente consciente de lo que sentía por ella desde hacía tiempo. El día del partido de fútbol, se había librado de Pam por el procedimiento de decirle que estaba interesado en Rebecca. Pero no estaba simplemente interesado. El problema era que solo la quería a ella.

La amaba, y si no podía tenerla, nada tenía sentido.

—Alex Carlisle, me avergüenzo de ti.

Alex se sobresaltó y miró hacia la puerta. Nettie estaba en la entrada, observándolo con enfado.

—Eres inteligente, así que supongo que no necesito explicarte lo que pretendo decir —continuó ella.

—Yo...

Nettie avanzó hacia él.

—No me mires así, jovencito. Rebecca... Pero, ¿qué te ocurre? Tienes muy mal aspecto.

Alex suspiró.

—¿Qué ha pasado? Tu pelo está revuelto, tienes ojeras y llevas la ropa arrugada. Nunca te había visto así.

Alex se sentó en su butaca, sin darse cuenta de que ni siquiera la había invitado a sentarse. No sabía qué podía hacer para conseguir que Rebecca volviera a su lado, pero debía encontrar un modo. La idea de enviarle flores o bombones le parecía estúpida y sospechaba que ni los diamantes podrían arreglar lo sucedido.

—¿Alex?

—Estoy enamorado —confesó.

Nettie sonrió con timidez.

—Bueno, en tal caso estoy segura de que todo se solucionará. Solo tienes que ir a la casa y...

—Ella no me quiere.

—¿Has conocido a alguna mujer que no te quisiera?

—No.

—Pobre Alex —dijo, dándole un golpecito en la espalda—. Todo ha sido tan fácil para ti... pero precisamente por eso, deberías saber cómo solucionar este asunto.

—Llevo tres semanas tratándola con todo el cariño del mundo.

—¿Le has confesado tus sentimientos?

—Bueno, yo...

—¿Lo ves?

—No tuve oportunidad. Ayer discutimos. La casa está en un estado catastrófico y ella pensó que yo la había saboteado. Alguien cerró la maldita válvula del agua y más tarde encontró termitas en el entarimado.

Nettie carraspeó y apartó la mirada.

—Bueno, sobre ese asunto...

Alex frunció el ceño.

—¿Sí?

—Creo que yo sé algo al respecto.

—¿Cómo?

—Sé lo que sucedió. Por lo menos, con el asunto de las termitas —confesó.

—¿Pusiste las termitas en la casa?

Nettie lo miró.

—Sí, lo hice. No queríamos que Rebecca se marchara, así que decidimos sabotear la casa para que no pudiera venderla.

—¿Tú y quién más?

—Sus vecinos. Francine, Jake y Linda. Fue idea de Linda. Jake se encargó de casi todo, exceptuado lo de las termitas.

Alex pegó un puñetazo en la mesa.

—Sabía que Jake ocultaba algo —declaró.

Entonces, observó a Nettie durante unos segundos y acto seguido, sin poder evitarlo, estalló en una carcajada. No podía negar que había sido un plan muy inteligente, aunque dudaba que Rebecca se lo tomara con tanto sentido del

humor.

—Os pasasteis un poco. Cometisteis un error con lo de la llave del agua y llamamos al sheriff.

—Lo sé y sentimos mucho lo sucedido.

—¿Realmente lo sientes?

Alex se levantó, la tomó de la mano y la llevó hacia la puerta. La confesión de Nettie acababa de darle una idea para mostrarle a Rebecca lo mucho que la amaba. Y si finalmente insistía en marcharse a Nueva York, la acompañaría y hasta le compraría el Empire State Building de ser preciso.

—¿A dónde vamos?

—A ver a cierta dama y a hablar de cierta casa.

—Bueno, Moose, dentro de dos días nos habremos marchado.

El gato la miró desde su posición en la mesa de la cocina y le dio la espalda.

Rebecca se sentó en una silla. La actitud de Moose no era nada nuevo y no podía culparlo por ello. Lo había estropeado todo. Alex le había demostrado que era una persona única, le había mostrado su amor y ella lo había estropeado todo.

—Rebecca Anne Parsons, no pensarás rendirte ahora, ¿verdad?

Rebecca se sobresaltó. Le había parecido oír la voz de su madre, pero naturalmente no era posible. Se preguntó qué estaba haciendo con su vida. Nada tenía sentido. Iba a abandonar su casa y a sus amigos, por huir de los recuerdos y de las comparaciones con su madre a pesar de que ya lo había superado.

Se levantó y decidió que había llegado el momento de actuar. Había cambiado de opinión. Renunciaría al empleo en Nueva York, se quedaría en la casa y le pediría a Alex que se quedara a vivir con ella. Era arriesgado, pero a pesar de su enfado del día anterior, recordaba que Alex le había confesado que ella era la única mujer del mundo para él. Y en el fondo, estaba totalmente segura de que no se lo había dicho para seducirla. Lo había dicho completamente en serio.

Descolgó el auricular del teléfono y llamó a la oficina donde supuestamente tenía que empezar a trabajar a la semana siguiente. Entonces recordó que era sábado y que no habría nadie, así que dejó un mensaje en el contestador. En aquel preciso instante, sonó el timbre de la puerta.

Colgó y corrió hacia el vestíbulo, mientras intentaba pensar en una fórmula para arreglar lo que había estropeado. Pero al abrir la puerta, sus pensamientos se desvanecieron. Ante ella estaban Alex, Linda, Jake, Dwayne, Nettie, Francine y la mayoría de sus vecinos. Todos llevaban alguna herramienta, desde martillos a taladradoras. Y hasta Jake había aparcado su tractor en el vado.

—Buenos días, Rebecca —dijo Alex.

—¿Qué sucede?

—Bueno, Linda podría explicártelo.

—Sí, bueno... Tienes un aspecto terrible, por cierto.

—Eso me han dicho —comento él.

—¿Te encuentras bien?

Alex la besó suavemente en la frente y respondió:

—No.

Antes de que pudiera interesarse de nuevo por el estado de Alex, Nettie invitó a todo el mundo a entrar en la casa.

—¿Puedo decirlo ya? —preguntó Linda.

—Claro, adelante —la animó Francine.

—Pues verás...

Rebecca intentó prestar atención a su amiga, pero Alex la tomó de la mano y se estremeció. Deseaba estar a solas con él para hablar y contarle lo que había decidido.

—No queremos que te marches —dijo Linda—. Hace tantos años que eres nuestra vecina que decidimos sabotear la casa.

—¿Cómo? —preguntó Rebecca, asombrada—. ¿Qué has dicho?

—Que sabotemos tu casa, y lo siento. Todo es culpa mía, pero no me dejaste otra opción. No querías escuchar, estabas decidida a marcharte.

Rebecca no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Vosotros cerrasteis la llave del agua y metisteis las termitas en la casa?

—Yo cerré la llave —respondió Jake—. También estropee la tubería del lavavajillas y apagué la luz varias veces. Pero fue idea de Linda, que conste.

—Y yo puse las termitas —confesó Nettie.

Dwayne intervino entonces y dijo:

—Te aseguré que resolvería el caso y lo he hecho.

Rebecca negó con la cabeza, atónita.

—¿Y qué pasó con el tejado?

—Eso fue simple casualidad —respondió Nettie.

La mujer los miró a todos y se sintió inmensamente afortunada y llena de gratitud. Era evidente que la querían mucho.

—¿Tanto me queréis? —preguntó, con ojos llenos de lágrimas.

Todos sonrieron y asintieron.

Alex apretó su mano y ella lo miró.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó él—. ¿Me quieres?

Rebecca no salía de su asombro. Alex la estaba mirando con verdadero temor, como si tuviera miedo de que su respuesta pudiera ser negativa.

Entonces, miró a sus amigos y dijo:

—Perdonadnos un momento. Volveremos enseguida.

Llevó a Alex a la cocina, pero para entonces el gesto de preocupación de Alex había desaparecido bajo una expresión de evidente determinación.

—No pienso permitir que te libres de mí —declaró.

Antes de que pudiera confesarle que no tenía la menor intención de alejarse de él, Alex la tomó entre sus brazos y la besó. Fue un beso intenso, un beso lleno de frustración, de necesidad, de deseo. Cuando por fin se apartaron, los dos respiraban con dificultad.

—Te amo —declaró ella.

—Te amo —dijo él, casi al mismo tiempo.

—¿En serio? —preguntó Rebecca.

Él sonrió y la abrazó con fuerza.

—Gracias a Dios. Llegué a pensar que...

—¿Estabas nervioso?

—Sí, durante un momento pensé que...

—Te amo —volvió a decir ella—. Y quiero pedirte perdón por no haber confiado en ti.

—No, soy yo quien debe pedirte perdón por no haberte demostrado que podías confiar en mí.

—Claro que lo hiciste, no lo dudes. Pero no estaba dispuesta a confiar.

—De todas formas, también yo te engañé. Recuerda que no quise encender la luz aquella noche, y que fui un egoísta. Deseaba acostarme contigo y no pensé cuánto podía afectarte.

Ella acarició su mandíbula.

—Me afectó, no lo dudes.

Alex sonrió con malicia.

—Bueno, siempre he sido muy habilidoso en ciertas lides.

—He renunciado al empleo de Nueva York, Alex.

—¿Qué?

—Pertenezco a este lugar. Ya he dejado un mensaje al que iba a ser mi jefe. Tú tenías razón. No soy fría, ni práctica. Formo parte de Junction Gap y de esta casa. Y quiero quedarme aquí, contigo.

—Te amo —dijo él—. Y amo esta mansión, pero solo si te quedas conmigo. Ya estaba decidido a seguirte a Nueva York si insistías en marcharte...

—¿Ibas a seguirme?

—Por supuesto.

Alex apoyó la frente en la cabeza de su amada y continuó hablando.

—Nadie había conseguido que me quedara mucho tiempo en ninguna parte porque solo había una persona adecuada para mí. Y esa persona eres tú, Rebecca Parsons.

Rebecca se humedeció los labios.

—Me gusta cómo suena eso...

—¿Sabes para qué han venido tus amigos? No solo para contarte lo sucedido. Van a ayudarte a reparar la casa.

—Pero ya está totalmente rehabilitada....

—¿No querías librarte de la decoración de tu madre?

—No, ya no. He decidido que las cosas están bien así.

—¿Y qué te parece si colgáramos el retrato de tu madre sobre la chimenea del salón?

Ella rio.

—Bueno, no estoy segura de estar preparada para algo así, pero ahora estoy en paz con ella y con mis recuerdos.

Rebecca estaba diciendo la verdad. Su madre siempre la había amado y había aceptado a la gente tal y como era, sin pretender imponerles nada. De haber estado viva, habría sabido de inmediato que Alex era el hombre adecuado para ella.

—Lo único malo de todo esto es que tal vez tenga que trabajar durante unas semanas en Nueva York, al menos hasta que puedan encontrar a una persona que me sustituya.

Alex le dio un pequeño mordisco en un lóbulo.

—Bueno, pero tendrás que estar aquí en tres semanas o no llegarás a la boda.

—¿A la boda de quién?

—A nuestra boda.

—Vaya —dijo ella—. Eso sí que es una proposición romántica.

Alex sonrió.

—Nettie ya lo ha planeado todo. ¿Qué podía hacer sino aceptar?

Entonces, la tomó de la mano y la llevó hacia el corredor. Rebecca era realmente feliz. Deseaba casarse con Alex, aunque le había sorprendido que se lo propusiera de forma tan repentina. Era un hombre tan romántico que había supuesto que se lo propondría a la luz de unas velas.

Se detuvieron un momento a la entrada del salón, donde se habían reunido todos sus amigos. Después, avanzaron hacia el centro de la habitación y una vez allí, y para sorpresa de la mujer, Alex clavó una rodilla en el suelo y dijo: —Rebecca Parsons, te amo y me sentiría muy honrado si aceptaras casarte conmigo.

Rebecca contempló los rostros de sus vecinos y las cajas que estaban apiladas por todo el salón antes de mirar al hombre que amaba.

—Yo también te amo, Alex Carlisle, y me casaré contigo con una sola condición.

—¿Cuál es?

Ella sonrió.

—Que nunca nos marchemos de esta casa.

Alex se incorporó entonces y la abrazó. Todos empezaron a aplaudir, pero en aquel momento Rebecca notó que algo se movía en lo alto de las escaleras. Era el gato, que los observaba.

—¿Has oído, Moose? —preguntó—. No nos marchamos. Esta casa es nuestro hogar y lo será siempre.

Entonces, Rebecca cerró los ojos y besó a Alex.

Desde lo alto de las escaleras, Moose miró a la pareja que se estaba besando y pensó que ya era hora de que entraran en razón. Golpeó el suelo con su larga cola y mientras los contemplaba se dijo que estaban tan ensimismados que si la gigantesca araña del techo hubiera caído sobre ellos, ni siquiera se habrían dado cuenta.

Se dirigió hacia el dormitorio y decidió que más tarde les recordaría que la casa era suya, no de ellos. Los humanos le parecían realmente estúpidos. Pero de todas formas, echaba de menos el plástico de envolver.